Novela de ajedrez

Stefan Zweig

Traducción de
David Alvarado-Archila





Una campaña de fomento
a la lectura de la Secretaría
de Cultura, Recreación y Deporte
y el Instituto Distrital
de las Artes – Idartes

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un
bien público. Después de leerlo permita
que circule entre los demás lectores.

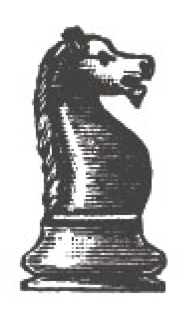


LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL

Novela de ajedrez

Stefan Zweig

Traducción de
David Alvarado-Archila
Ganador de la Beca de Traducción – Alemán, Idartes 2019



ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ
Enrique Peñalosa Londoño, Alcalde Mayor de Bogotá
María Claudia López Sorzano, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES
Juliana Restrepo Tirado, Directora General
Jaime Cerón Silva, Subdirector de las Artes
Lina María Gaviria Hurtado, Subdirectora de Equipamientos Culturales
Liliana Valencia Mejía, Subdirectora Administrativa y Financiera
Marcela Trujillo Quintero, Subdirectora de Formación Artística

Alejandro Flórez Aguirre, Gerente de Literatura
Carlos Ramírez Pérez, Olga Lucía Forero Rojas, Ricardo Ruiz Roa, Yenny Mireya Benavídez Martínez, María Eugenia Montes Zuluaga, Óscar Javier Gamboa Arévalo, María Camila Jaramillo Laverde,
Equipo del Área de Literatura

Primera edición: Bogotá, noviembre de 2019

Imágenes: carátula: foto de Dave Edmonds en FreeImages.com; viñetas contracarátula e interiores: Retrovectors.com.

Antonio García Ángel, Edición
Óscar Pinto Siabatto, Diseño + diagramación
978-958-5595-02-6, isbn
978-958-5595-03-3, isbn digital
Unión Temporal Idartes, Impresión
Impreso en Colombia

Gerencia de Literatura Idartes
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá D. C.
Teléfono: 3795750
www.idartes.gov.co
contactenos@idartes.gov.co
@LibroAlViento @Libro_Al_Viento

Traducción de *Novela de ajedrez* de Stefan Zweig
David Eduardo Alvarado-Archila, Beca de Traducción - Alemán, 2019

Resolución 927 de 2019 «Por medio de la cual se acoge la recomendación del jurado designado para seleccionar los ganadores de la convocatoria BECA DE TRADUCCIÓN y se ordena el desembolso del estímulo económico a los seleccionados como ganadores».

Jurados Beca de Traducción - Alemán 2019
Mediante la Resolución 692 del 27 de mayo de 2019 se designaron como jurados del concurso Beca de Traducción - Alemán a Ariel Magnus, José Anibal Campos González y Carlos Alberto Fortea Gil.

Conversión a ePub
Mákina Editorial
https://makinaeditorial.com/

Contenido



Stefan Zweig

STEFAN ZWEIG, UN ESCRITOR EN JAQUE

El ajedrecista Sergio Negri, en un texto titulado *Stefan Zweig, una vida de novela, una novela de ajedrez,* recoge 32 fragmentos de la obra del autor austríaco, entre novelas, biografías, cartas y ensayos, todos alusivos a este pasatiempo que lo acompañó durante toda su vida y fue el tema central de su última obra de ficción, el epílogo literario de un doloroso exilio errante que había empezado en 1933, cuando tenía 51 años y los nazis requisaron su vivienda en Viena, y terminó ocho años después, el 22 de febrero de 1942, en Petrópolis, Brasil, cuando se quitó la vida en compañía de su esposa Lotte, pues estaban convencidos de que el nazismo se iba a extender por todo el mundo, que no había forma alguna de escapar. Había dejado atrás su colección de partituras de Mozart, manuscritos originales que había atesorado, sus libros, sus amigos, su amada Europa a la sazón enferma de barbarie, pero siempre llevó consigo la pasión del ajedrez.

La víspera de su suicidio, Zweig jugó una última partida con su vecino y envió, entre cartas de despedida y disposiciones testamentarias, el manuscrito de este, nuestro Libro al Viento 144, a sus diferentes editores en todo el mundo, una pequeña obra maestra que estaba destinada a emparentarlo con otros escritores aficionados al «juego de reyes», como Nabokov, Borges y Carroll, y que se convirtió además en una de las novelas más representativas de este misterioso regalo divino, pues según el autor, el ajedrez

> ¿acaso no es el único vínculo entre los pares opuestos: ancestral y eternamente nuevo; mecánico en su construcción y, sin embargo, solo efectivo a través de la fantasía; delimitado en un espacio

> geométrico e ilimitado en sus combinaciones; se desarrolla de manera continua y, no obstante, es estéril: un pensamiento que no lleva a nada; una matemática que nada calcula; un arte sin obra; una arquitectura sin substancia pero, como se ha comprobado, más permanente en su esencia y en su existencia que todos los libros y todas las obras, el único juego que pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos y de quien nadie sabe qué dios lo legó al mundo para matar el aburrimiento, aguzar los sentidos y estimular el espíritu?

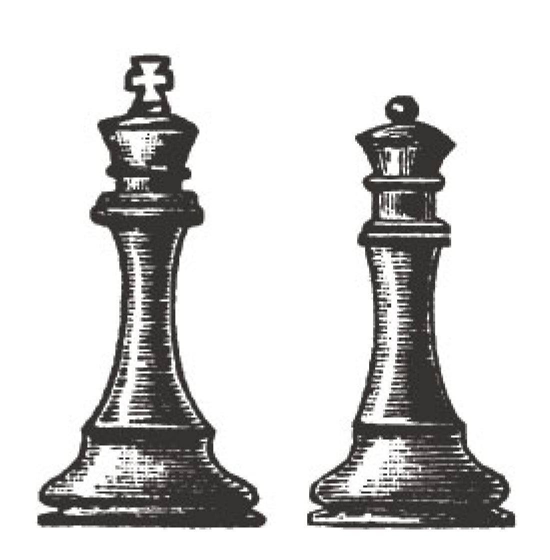
En medio de un viaje transatlántico entre Nueva York y Buenos Aires se enfrentan Mirko Czentovic, el zafio, ignorante, prepotente y ambicioso campeón húngaro del mundo, y el Dr. B., un abogado vienés que cayó presa de los nazis y fue sometido a un encierro inclemente de cuatro meses a los que sobrevivió gracias a la obsesiva y esquizofrénica práctica del ajedrez, un remedio que paulatinamente se convirtió en un abismo por el cual su psiquis estaba desbarrancándose.

Así como en el tablero hay fichas blancas y negras, se trata de un combate entre el bien y el mal. Czentovic simboliza el nazismo mientras que el Dr. B. representa el humanismo europeo amenazado.

Un combate desigual, como el que estaba librando el propio Zweig en su vida, pues él mismo estaba en jaque: el escritor en lengua alemana más traducido y vendido del mundo se sentía acosado y reducido a los escaques más lejanos del tablero, sin más jugadas posibles que una muerte digna, como la del jugador que se ve perdido y, ante la inminente derrota, decide derribar a su rey.

Antonio García Ángel

Novela de ajedrez



La prisa y el ajetreo propios de los últimos minutos reinaban a bordo del transatlántico de pasajeros que debía zarpar a medianoche de Nueva York rumbo a Buenos Aires. Antes de despedirse y en medio del gentío, los acompañantes escoltaban a sus amigos a bordo; los repartidores de telegramas, con sus gorras ladeadas, voceaban nombres mientras corrían por los salones sociales. Se cargaban las maletas y las flores. Los niños subían y bajaban las escaleras, mientras la orquesta tocaba imperturbable en cubierta.

Alejado de aquel tumulto, yo conversaba con un conocido en la cubierta de paseo cuando resplandecieron dos o tres veces las intensas luces de un flash. Al parecer, los reporteros habían aprovechado los instantes previos a la partida para entrevistar y fotografiar a un personaje prominente. Mi amigo echó un vistazo y sonrió:

—Tienen ustedes a bordo a Czentovic, un personaje inusual.

Y como mi cara expresaba una completa incomprensión de lo que él decía, prosiguió con su explicación:

—Mirko Czentovic, el campeón mundial de ajedrez: ha recorrido Estados Unidos de oriente a occidente, participando en torneos, y ahora se dirige a Argentina para alcanzar nuevos triunfos.

De inmediato recordé a aquel joven campeón mundial e, incluso, algunas particularidades relacionadas con su asombrosa carrera. Mi amigo, un lector de periódicos más atento que yo, complementó mi recuerdo con una serie de anécdotas: hacía aproximadamente un año, Czentovic se había situado de golpe junto a los campeones más venerados del arte del ajedrez, como Alekhine, Capablanca, Tartakover, Lasker o Bogoljubov. Desde Rzecevski, el niño maravilla de siete años que había sido presentado en el torneo de ajedrez de Nueva York en 1922, no había causado tal excitación la irrupción de un completo desconocido entre los miembros de este gremio insigne. Además, los atributos intelectuales de Czentovic no parecían presagiarle una carrera deslumbrante. Pronto se supo que este campeón de ajedrez no podía escribir una oración en ningún idioma sin errores de ortografía y, como afirmaba uno de sus colegas con sarcasmo e indignación, «su falta de formación era igualmente universal en todas las materias».

Czentovic era hijo de un miserable barquero sudeslavo del Danubio, cuya barca diminuta había naufragado tras haber sido arrollada por una barcaza cargada de cereales. Después de la muerte de su padre, el párroco de ese apartado lugar se compadeció y adoptó al muchacho, que por aquel entonces tenía doce años. El buen hombre hacía todo lo que estaba a su alcance para compensar, a través de clases particulares, lo que el niño taciturno, tonto y de frente ancha no era capaz de aprender en la escuela del pueblo. Sin embargo, todos los esfuerzos eran inútiles. Mirko volvía a mirar con extrañeza los caracteres que le habían sido explicados cien veces. Su cerebro, que difícilmente trabajaba, carecía de la capacidad de retener aun los temas más simples de la clase. Si tenía que calcular, el muchacho, ya de catorce años, debía ayudarse con los dedos y leer un libro o un periódico implicaba para él un esfuerzo extraordinario.

No se podía decir que Mirko fuera rebelde ni que hiciera las cosas de mala gana. Por el contrario, era obediente: recogía agua, cortaba la leña, trabajaba la tierra, organizaba la cocina y con seguridad podría realizar cualquier tarea que se le asignara, a pesar de que lo hiciera con una inquietante lentitud. Lo que más molestaba al buen párroco era la falta de interés del muchacho: aquel cabeza dura no hacía nada sin que se le exigiera, nunca hacía preguntas, no jugaba con otros chicos ni se ocupaba de nada que no se le hubiera ordenado de manera expresa. Tan pronto terminaba las tareas domésticas, Mirko se sentaba en su habitación y no hacía nada: permanecía inmóvil, con la mirada vacía, como la que tienen las ovejas cuando pacen, y no le prestaba atención a lo que sucedía a su alrededor. En las noches, mientras que el párroco fumaba su larga pipa con placer y jugaba las tres partidas habituales de ajedrez con el guardia de la gendarmería, el muchacho de pelo rubio permanecía mudo a su lado, contemplando el tablero a cuadros bajo sus pesados párpados, que parecían adormilados e indiferentes.

Una tarde de invierno, mientras los dos jugadores estaban inmersos en su partida diaria, sonaron las pequeñas campanas de un trineo que se aproximaba por las calles del pueblo. Un campesino, con la gorra llena de nieve, se acercó al párroco y le pidió que se apresurara, pues su madre estaba en el lecho de muerte y tenían el tiempo justo para darle la última unción. El sacerdote lo siguió sin titubear. El guardia de la gendarmería, que no había terminado su jarra de cerveza, encendió nuevamente su pipa como despedida y, cuando se disponía a calzarse las pesadas botas, se percató de la manera en que Mirko miraba fijamente la partida inconclusa sobre el tablero.

—¿Quieres terminarla? —bromeó el guardia, convencido de que el joven somnoliento no sería capaz de mover ni una sola pieza de manera correcta.

El muchacho lo miró avergonzado, pero asintió y ocupó el puesto del párroco. Después de catorce jugadas, el guardia de la gendarmería fue derrotado y tuvo que reconocer que no se debió a una jugada realizada por error o por descuido. La siguiente partida tuvo el mismo resultado.

—¡El asna de Balaam! —exclamó sorprendido el sacerdote a su regreso y explicó al guardia que dos mil años atrás había ocurrido un milagro similar, cuando una criatura muda encontró la voz de la sabiduría de repente.

A pesar de que ya era muy tarde, el buen párroco no pudo contenerse y desafió a su fámulo semianalfabeto a una nueva contienda. Mirko también lo derrotó con facilidad; jugó duro, lento y fue inquebrantable; mantuvo su ancha frente inclinada sobre el tablero, pero actuó con una seguridad irrefutable. Ni el guardia de la gendarmería ni el párroco fueron capaces de ganarle una partida en los días siguientes.

El párroco, mejor capacitado que cualquiera para juzgar los demás atrasos de su pupilo, sintió mucha curiosidad por saber hasta qué punto este talento extraño y único podría aguantar una prueba rigurosa. Después de llevar a Mirko al barbero del pueblo para que le cortaran los cabellos hirsutos y pajizos, con el fin de dejarlo mínimamente presentable, partieron en trineo a la pequeña ciudad vecina en la que, en un rincón del café de la plaza central, se reunían aguerridos jugadores de ajedrez a los que el párroco nunca había podido derrotar. No fue poca la sorpresa de los jugadores cuando el sacerdote apareció con aquel muchacho quinceañero de pelo pajizo y mejillas sonrojadas, que llevaba puesta una piel de cordero al revés y unas botas grandes y pesadas. El joven se sentía incómodo. Avergonzado y con los ojos apesadumbrados, permaneció en un rincón hasta que alguien lo invitó a una de las mesas de ajedrez. En la primera partida, Mirko fue derrotado pues nunca había visto la llamada «defensa siciliana» en la casa del buen sacerdote. En la segunda, se enfrentó al mejor jugador y la partida quedó en tablas. A partir de la tercera, los derrotó a todos, uno tras otro.

Como muy pocas veces ocurre algo interesante en una pequeña ciudad sudeslava de provincia, la primera aparición de este rústico campeón causó una sensación inmediata entre los notables asistentes. Por unanimidad se decidió que el niño maravilla debía permanecer en la ciudad hasta el día siguiente, con el fin de convocar a los demás miembros del club de ajedrez y, sobre todo, con el fin de llevar la información al castillo del viejo conde Simczic, un fanático del ajedrez. El párroco, que miraba por primera vez a

su pupilo con orgullo, pero que no quería descuidar sus oficios dominicales, estuvo dispuesto a dejar a Mirko en la ciudad para que este se enfrentara a más pruebas. El joven Czentovic fue alojado en un hotel por cuenta del círculo de ajedrecistas y esa noche vio por primera vez en su vida un cuarto de baño. El domingo siguiente, por la tarde, el rincón de los jugadores de ajedrez estaba abarrotado. Inmóvil, Mirko estuvo sentado durante cuatro horas frente al tablero de ajedrez y venció a uno tras otro a los jugadores sin decir una palabra y sin siquiera levantar la mirada. Al final, se propuso una partida simultánea y a los miembros del círculo les tomó un buen tiempo hacer que este ignorante comprendiera que, en una partida simultánea, él debía enfrentarse a distintos jugadores al mismo tiempo. Pero tan pronto Mirko comprendió este modo de jugar, se dispuso a comenzar la partida y se movió con lentitud entre las mesas, arrastrando sus pesados y estruendosos zapatos hasta que ganó siete de las ocho partidas.

Entonces, comenzaron grandes deliberaciones: a pesar de que este nuevo campeón no pertenecía en estricto sentido a la ciudad, el orgullo nacional se había encendido con fervor. Quizá esta pequeña ciudad, cuya existencia apenas se distinguía en el mapa, podría obtener por fin el honor de haber dado al mundo a un hombre famoso. Un agente apellidado Koller, cuyo oficio habitual era el de encontrar cantantes para el cabaret de la guarnición militar, se declaró dispuesto a llevar al joven a Viena para que fuera instruido en el arte del ajedrez por un excelente maestro amigo suyo, con la condición de que lo subsidiaran durante un año. El conde Simczic, que no se había enfrentado a un contrincante tan maravilloso durante sus sesenta años de juego, firmó el cheque de inmediato y aquel día comenzó la extraordinaria carrera del hijo del barquero.

Mirko dominó todos los secretos del ajedrez en medio año, a pesar de una rara limitación que más tarde fue objeto de burlas y de señalamientos en los círculos de expertos: Czentovic era incapaz de jugar una partida de memoria o, como dirían los expertos, era incapaz de jugar una partida a ciegas, pues carecía de la habilidad de proyectar el tablero de ajedrez sobre el campo ilimitado de la fantasía. Siempre debía tener a mano los cuadrados negros y blancos, con sus sesenta y cuatro escaques y sus treinta y dos figuras; incluso en la cúspide de su fama mundial, era usual verlo con un

ajedrez de bolsillo en el que podía tener ante sus ojos la posición de las fichas cuando quería reconstruir una partida o solucionar él mismo un problema. Este defecto, insignificante por sí solo, revelaba una carencia de fuerza imaginativa y suscitaba álgidas discusiones en los círculos más selectos, pues era un defecto similar al de un virtuoso de la música o un director de orquesta que fuera incapaz de tocar o dirigir una pieza sin partitura.

Sin embargo, este pequeño detalle no impidió el estupendo ascenso de Mirko: con solo diecisiete años ya había ganado una docena de premios de ajedrez; a los dieciocho se proclamó el campeón húngaro y a los veinte años se coronó campeón mundial. Incluso los campeones más audaces, que lo superaban con creces en dotes intelectuales, en fantasía y en temeridad, sucumbían ante su lógica fría y correosa, como Napoleón ante el obtuso Kutusov, como Aníbal ante Fabio Cunctactor, de quien Tito Livio cuenta que ya en la niñez había presentado síntomas de imbecilidad y de flema. Así, la ilustre galería de maestros del ajedrez, que reunía a diversos tipos de superioridad intelectual (como filósofos, matemáticos, naturalezas calculadoras, imaginativas y con frecuencia creadoras), se vio forzada a abrir sus puertas a un *outsider* del mundo intelectual, a un pesado y taciturno campirano, al que ni el más avezado de los periodistas pudo sacarle una palabra digna de ser publicada. Pero Czentovic suplió pronto la falta de declaraciones ingeniosas al ofrecerles a los periódicos un rico cúmulo de anécdotas sobre su persona, pues, de manera irremediable, Czentovic se transformaba en una figura cómica y graciosa segundos después de alejarse del tablero, en donde era un maestro insuperable. A pesar de su solemne traje negro, de su pomposa corbata, adornada con un ostentoso pasador de corbata de perlas, y de la cuidada manicura de sus dedos, sus gestos y sus modales eran los mismos del limitado joven campirano que barría la habitación del párroco. Con torpeza y con una tosquedad sinvergüenza, que divertía e irritaba a sus colegas, intentaba sacar provecho monetario de su talento y de su fama con el fin de satisfacer una mezquina y, con frecuencia, ordinaria codicia: viajaba de ciudad en ciudad y se hospedaba en los hoteles más baratos; jugaba en los clubes más miserables, siempre y cuando le pagasen sus honorarios; cedió su imagen

para anuncios de jabón e, incluso, vendió su nombre para que apareciera en una *Filosofía del ajedrez*, compuesta en verdad por un joven desconocido de Galitzia para un editor avezado en los negocios, sin importarle la burla de sus oponentes, que sabían con exactitud que él era incapaz de escribir tres oraciones de forma correcta. Como todas las naturalezas maleables, carecía de la consciencia del ridículo. Desde su triunfo en el campeonato mundial, se consideraba a sí mismo como el hombre más importante del mundo y la consciencia de haber derrotado a todos esos oradores y escritores intelectuales, listos y deslumbrantes, acompañada del hecho evidente de ganar más dinero que ellos, transformó la inseguridad inicial en una fría y, con frecuencia, tosca soberbia.

—Pero, ¿cómo no va a trastornar la fama repentina a un cabeza hueca? —concluyó mi amigo, quien acababa de contarme algunas anécdotas típicas de la prepotencia pueril de Czentovic—. ¿Cómo no iba a estallar la vanidad en un joven campesino de veintiún años proveniente del Banato si, de repente, con solo mover algunas figuras sobre un tablero de madera, gana más en una semana que lo que gana todo su pueblo después de talar árboles y de realizar las más arduas tareas? Y, además, ¿no es mucho más fácil creerse un gran hombre cuando uno no tiene ni la menor idea de que haya existido alguna vez un Rembrandt, un Beethoven, un Dante o un Napoleón? Solo hay una certeza en el cerebro tapiado de este joven: que no ha perdido una partida de ajedrez en meses. Y como no sospecha que pueda haber en el mundo otros valores distintos al ajedrez y al dinero, tiene todas las razones para sentirse orgulloso de sí mismo.

Las declaraciones de mi amigo despertaron mi más viva curiosidad. Toda la vida me han fascinado los monomaníacos, aquellos que están obsesionados con una idea fija, pues entre más se limita uno, más cerca está de lo infinito. Estos seres, que, en apariencia, se han alejado del mundo, son precisamente los que, como termitas, utilizan su propio material para crear una curiosa y mínima versión del mundo. Por esta razón, no disimulé mi interés en poner bajo la lupa a este espécimen singular y de estrechez intelectual durante los doce días del viaje a Río.

—No creo que tenga suerte —me advirtió mi amigo—. Por lo que sé, nadie ha podido sacar a Czentovic ni el más mínimo material psicológico.

Detrás de todas sus limitaciones abisales, este astuto campesino tiene la gran habilidad de ocultar sus puntos débiles gracias a una simple técnica: Czentovic evita toda conversación, a excepción de las conversaciones con campesinos de su propio círculo, a quienes busca en las pequeñas posadas. Si intuye la presencia de una persona educada, se encierra en su concha de caracol. Esta es la razón por la que nadie puede jactarse de haberle oído decir una tontería, ni de haber medido la supuesta profundidad insondable de su ignorancia.

En efecto, mi amigo tenía razón. Durante los primeros días del viaje fue imposible acercarse a Czentovic sin incurrir en una grosera impertinencia, ajena a mi carácter. En ocasiones se le veía caminar por la cubierta de paseo con las manos en la espalda, pero ensimismado y con una orgullosa serenidad, como la que tiene Napoleón en su famoso retrato. Además, sus rondas peripatéticas por la cubierta terminaban tan pronto y de manera tan súbita, que uno habría tenido que ir al trote para poder hablar con él. Por otra parte, nunca se mostraba en los lugares de reunión, en el bar o en la sala de fumadores y, por la información confidencial que me dio el camarero, Czentovic pasaba gran parte del día en su camarote, ensayando o reconstruyendo partidas de ajedrez sobre un imponente tablero.

Al cabo de tres días, comenzó a molestarme que sus lentas tácticas evasivas fueran más hábiles que mi voluntad de acercarme a él. Nunca en mi vida había tenido la oportunidad de conocer en persona a un maestro del ajedrez y cuanto más intentaba hacerme una imagen de este tipo, más inverosímil me parecía una actividad cerebral que, durante toda una vida, girara alrededor de un espacio de sesenta y cuatro casillas blancas y negras. Por experiencia propia, yo conocía muy bien el misterioso poder de atracción del «juego de reyes», el único juego de todos los creados por el hombre que se sustrae a la tiranía del azar y que otorga el laurel de la victoria solo al espíritu o, mejor, a una forma particular de talento intelectual. Pero, ¿el hecho de nombrar al ajedrez como un juego no implica una degradación insultante? ¿Acaso no es también una ciencia, un arte que oscila entre estas categorías como la tumba de Mahoma que se mueve entre el cielo y la tierra? ¿Acaso no es el único vínculo entre los pares opuestos: ancestral y eternamente nuevo; mecánico en su construcción y, sin embargo,

solo efectivo a través de la fantasía; delimitado en un espacio geométrico e ilimitado en sus combinaciones; se desarrolla de manera continua y, no obstante, es estéril: un pensamiento que no lleva a nada; una matemática que nada calcula; un arte sin obra; una arquitectura sin substancia pero, como se ha comprobado, más permanente en su esencia y en su existencia que todos los libros y todas las obras, el único juego que pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos y de quien nadie sabe qué dios lo legó al mundo para matar el aburrimiento, aguzar los sentidos y estimular el espíritu? ¿Dónde está su principio y su fin? Cualquier niño puede aprender sus reglas básicas; cualquier inepto puede probar su suerte con él y, sin embargo, dentro del estrecho cuadrado inmutable se produce una especie particular de maestros incomparables, hombres con un talento único para el ajedrez, genios específicos en los que se combinan la clarividencia, la paciencia y la técnica en proporciones definidas, como en los matemáticos, los poetas y los músicos, aunque con distinta función y armonía.

En tiempos pasados, llenos de pasión por la frenología, es probable que un Gall hubiera diseccionado los cerebros de estos maestros de ajedrez para comprobar la existencia de una sinuosidad particular en la materia gris de los cerebros, una especie de músculo del ajedrez o una protuberancia de ajedrecista desarrollada de manera más intensiva que en los demás cerebros. ¡Y cuán interesado hubiera estado este frenólogo con el caso de Czentovic, en quien la genialidad se ocultaba detrás de una pereza intelectual absoluta, como una veta de oro dentro de una piedra estéril! En principio, para mí era comprensible que un juego como este creara a sus propios maestros, pero ¡qué difícil es, por no decir que imposible, imaginarse la vida de un hombre de intelecto activo, pero a quien el mundo se le reduce a una única dirección entre el blanco y el negro; un hombre que concibe el éxito como el mero ir y venir para adelante y para atrás de sus treinta y dos figuras; un hombre que considera una proeza comenzar un nuevo juego, moviendo el caballo en vez del peón o que considera que esto significa la inmortalidad en un mísero rincón de los renglones de un libro de ajedrez; un hombre, un hombre de intelecto que, sin volverse loco, dedica toda su energía mental durante diez, veinte, treinta o cuarenta años de su vida a la ridícula tarea de acorralar a un rey de madera sobre un tablero también de madera!

Y ahora, por primera vez tenía cerca a uno de esos fenómenos; uno de esos genios extraordinarios o locos enigmáticos estaba a solo seis camarotes de distancia, mientras que yo, el desdichado en quien la curiosidad por las cosas del intelecto siempre se transforma en una especie de pasión, parecía que no era capaz de acercarme a él. Comencé a planear las estratagemas más absurdas, como alabar su vanidad al fingir que quería entrevistarlo para una revista importante o alimentar su codicia al proponerle un lucrativo torneo en Escocia. Al final, recordé la técnica más probada por los cazadores para atraer al urogallo: imitar su grito de celo. ¿Qué mejor para llamar la atención de un maestro de ajedrez que jugarlo uno mismo?

Yo nunca he sido un gran jugador de ajedrez por la sencilla razón de que siempre he jugado con frivolidad y para pasar el rato. Cuando me siento durante una hora frente al tablero de ajedrez, no lo hago para devanarme los sesos, sino para relajarme. Yo «juego» ajedrez en el sentido más literal de la palabra, mientras que los otros, los verdaderos maestros, «enserian» el ajedrez, para introducir un neologismo osado en nuestra lengua. Pero en el ajedrez, como en el amor, se necesita una pareja y yo no sabía si había algún otro amante del ajedrez a bordo, a excepción de nosotros dos. Para sacar a estos amantes de sus madrigueras, ideé una trampa primitiva que llevé a cabo en la sala de fumadores: me senté frente a un tablero de ajedrez junto a mi esposa (que juega incluso peor que yo) y estuve al acecho. No habíamos realizado ni seis jugadas cuando alguien se puso a mirar nuestra partida y alguien más nos pidió permiso para mirar el juego; por último, apareció mi compañero deseado y me retó a una partida: se llamaba McConnor y era un ingeniero civil escocés que, por lo que oí, había hecho una gran fortuna al perforar la tierra en busca de petróleo en California. Su aspecto era el de un hombre robusto, con una quijada prominente y casi cuadrada; con unos dientes fuertes y un intenso color de piel, cuyo pronunciado color rojizo delataba, en parte, su fuerte pasión por el whisky. Sus hombros anchos y llamativos, casi atléticos, también revelaban su carácter durante el juego, pues el señor McConnor pertenecía a aquellos hombres de éxito obsesionados con sí mismos que, incluso en el juego más insignificante, consideran la derrota como un desprestigio personal. Acostumbrado como estaba a abrirse paso en la vida sin miramientos y

obnubilado por su éxito, este *self-made man* estaba tan firmemente convencido de su superioridad, que cualquier oposición le ofendía, como si fuera una irrespetuosa insurrección. Al perder la primera partida, se puso de mal humor y comenzó a aclarar, de manera detallada y dictatorial, que eso solo habría podido ocurrir por una distracción momentánea; al perder la tercera partida, culpó al ruido de la sala contigua por su fracaso. No estaba dispuesto a perder una partida sin exigir de inmediato una revancha. Al principio, me divirtió esa obstinación ambiciosa y terminé por considerarla como un efecto secundario inevitable en la consecución de mi objetivo: lograr que el campeón mundial se sentara ante nuestra mesa.

Al tercer día logré mi cometido, aunque de manera parcial: ya fuera porque Czentovic nos hubiera visto desde la cubierta de paseo a través del ojo de buey o porque hubiera honrado con su presencia la sala de fumadores, lo cierto es que al ver que unos incompetentes ejercían su arte, dio un paso hacia nosotros y desde una distancia segura lanzó una mirada inquisitiva sobre nuestro tablero. Era el turno de McConnor, pero su movimiento fue suficiente para convencer a Czentovic de que no era digno de su interés magistral seguir nuestros esfuerzos diletantes. Con el mismo gesto con el que despreciaríamos una mala novela policiaca en una librería sin siquiera mirarla, Czentovic se alejó de nuestra mesa y abandonó la sala de fumadores. «No hemos dado la talla», pensé un poco enojado por esa mirada fría y despectiva, y para desfogar mi ira de alguna manera, le dije a McConnor:

—Su movimiento no parece haber deslumbrado al maestro.

—¿A cuál maestro?

Le expliqué que el señor que acababa de pasar junto a nosotros y que había mirado nuestro juego de manera despectiva era Czentovic, el campeón mundial de ajedrez. Pero añadí que nosotros superaríamos su ilustre desprecio sin que este nos rompiera el corazón; después de todo, debíamos aceptar nuestras limitaciones. Para mi sorpresa, estas palabras, que yo había pronunciado con ligereza, produjeron un efecto inesperado en McConnor, que quedó presa de una súbita excitación, olvidó nuestra partida y su ambición se hizo palpable. McConnor no tenía la menor idea de que Czentovic estuviera a bordo y consideró que el campeón debía jugar una

partida contra él. McConnor no se había enfrentado nunca a un campeón mundial, a excepción de una partida en la que, junto a otros cuarenta, se enfrentó a un maestro de ajedrez; esa experiencia había sido fascinante en extremo y él había estado a punto de ganar la partida. Me preguntó si yo conocía al maestro en persona y yo le dije que no. Me preguntó si yo estaría dispuesto a hablar con él para pedirle que se reuniera con nosotros y yo rechacé la propuesta argumentando que, por lo que sabía, Czentovic no estaba demasiado dispuesto a conocer gente nueva. Además, ¿qué atractivo tendría para un campeón mundial enfrentarse a unos jugadores de tercera clase?

Creo que debí haber evitado decir que éramos jugadores de tercera clase frente a un hombre tan ambicioso como McConnor, quien retrocedió irritado y me dijo con tosquedad que él no podía creer que Czentovic pudiera rechazar la petición cordial de un caballero y que él se ocuparía del tema. A petición suya, le hice una breve descripción de la personalidad del campeón mundial y McConnor, incapaz de contener su impaciencia, abandonó la partida que acabábamos de iniciar y fue en busca de Czentovic a la cubierta de paseo. Una vez más pude comprobar que no era posible detener al dueño de un aspecto tan atlético, en tanto este no hubiera logrado su cometido.

Esperé bastante intrigado. McConnor volvió al cabo de diez minutos y no parecía estar de buen humor.

—¿Y bien? —pregunté.

—Usted tenía razón —dijo de mal humor—. No es un hombre agradable: yo me presenté y le dije quién era, pero él ni si quiera me estrechó la mano. Luego, intenté explicarle lo orgullosos y honrados que nos sentiríamos si él se dignara a jugar una partida simultánea con nosotros. Sin inmutarse, me dijo que lo lamentaba, pero había compromisos contractuales con su agente que le prohibían expresamente jugar durante un torneo sin percibir honorarios y que, como mínimo, debería pagarle doscientos cincuenta dólares por partida.

Yo me eché a reír.

—Nunca se me hubiera ocurrido que el hecho de mover unas fichas de madera negras y blancas pudiera llegar a ser un negocio tan lucrativo.

Espero que usted se haya despedido con la misma cortesía con la que se presentó.

Pero McConnor permaneció serio.

—La partida se realizará mañana a las tres de la tarde aquí, en la sala de fumadores. Espero que no nos dejemos derrotar tan fácilmente.

—¿Cómo? ¿Usted accedió a pagarle los doscientos cincuenta dólares? —pregunté sorprendido.

—¿Por qué no? *C'est son métier*[1]. Si yo tuviera un dolor de muela y por casualidad hubiera un dentista a bordo, no permitiría que me la sacara gratis. El hombre tiene toda la razón al fijar esos precios tan altos. Además, en todos los oficios, los más entendidos son los mejores hombres de negocios. En lo que a mí respecta: me parece que entre más claro un negocio, mejor; prefiero pagar con dinero en efectivo a tener que esperar a que Czentovic me haga un favor y, luego, estar obligado a agradecerle. Al fin y al cabo, he perdido más de doscientos cincuenta dólares durante una tarde en nuestro club y sin haber jugado contra un campeón mundial. Para los jugadores de «tercera clase» no será una vergüenza ser derrotados por Czentovic.

Me divirtió comprobar cuánto había ofendido la vanidad de McConnor la inocente expresión «jugadores de tercera clase», pero ya que tenía la intención de pagar aquel costoso divertimento, yo no tenía nada qué objetar a su ambición improcedente que, por fin, me permitiría conocer la fuente de mi curiosidad. Nos apresuramos a informar sobre este acontecimiento a los cuatro o cinco caballeros que se habían declarado como jugadores de ajedrez y reservamos nuestra mesa y las mesas contiguas para que no nos estorbaran los demás pasajeros con su ir y venir por la sala de fumadores.

Al día siguiente, nuestro pequeño grupo se reunió a la hora convenida. Como era de esperar, el puesto frente al maestro lo ocupó McConnor, que miraba una y otra vez el reloj, mientras descargaba su nerviosismo encendiendo un cigarro tras otro. Pero, como yo ya sospechaba por lo que me había informado mi amigo, el maestro se hizo esperar durante diez minutos, lo que hizo que su aparición estuviera dotada de un mayor aplomo: Czentovic se acercó tranquilo y sosegado a la mesa e hizo a un lado las presentaciones. «Ustedes ya saben quién soy yo y a mí no me interesa

quiénes son ustedes», parecía decir su falta de modales. De inmediato, comenzó con las disposiciones preliminares con sequedad. Dado que era imposible llevar a cabo una partida simultánea, debido a la falta de tableros de ajedrez a bordo, Czentovic propuso que todos jugáramos contra él al tiempo. Después de cada movimiento, él se alejaría a otra mesa al final del salón para no interrumpir nuestras deliberaciones y una vez efectuada nuestra movida, deberíamos llamarlo golpeando un vaso con una cuchara pues, lamentablemente, tampoco contábamos con una campanilla a bordo. También propuso que el tiempo máximo de realizar una jugada sería de diez minutos. A Czentovic le tocaron las fichas negras. Aún de pie, hizo su primera movida y, de inmediato, se retiró al lugar de espera convenido, donde comenzó a hojear una revista con ilustraciones.

No tiene mucho sentido narrar los pormenores de la partida pues, como era de esperar, terminó con nuestra derrota total después de solo veinticuatro movimientos. El hecho de que un campeón mundial venciera con facilidad a media docena de jugadores mediocres o menos que mediocres no era sorprendente. Sin embargo, nos molestó la manera prepotente en la que Czentovic nos hizo saber que, para él, derrotarnos había sido pan comido. Cuando llegaba su turno, daba un vistazo fugaz al tablero y nos miraba de manera displicente, como si nosotros fuéramos figuras inertes de madera. Este gesto impertinente era similar al de quien le tira un hueso a un perro sarnoso, apartando la vista. En mi opinión, si él hubiera tenido un poco de delicadeza, habría podido indicarnos nuestros errores o animarnos de manera amigable. Pero este autómata del ajedrez no quiso pronunciar palabra después de haber dicho jaque mate y permaneció inmóvil ante la mesa, esperando por si alguien deseaba una segunda partida. Yo ya me había levantado para darle a entender con un gesto a este insensible grosero que, por lo menos de mi parte, nuestra relación se terminaba con aquel negocio de dólares. Por eso me molestó que McConnor dijera con voz ronca:

—¡Revancha!

Me estremeció su tono desafiante; de hecho, la expresión de McConnor parecía en ese momento más la de un boxeador a punto de atacar que la de un caballero cordial. Ya fuera por la manera desagradable en la que

Czentovic nos había tratado o por su irritable ambición patológica, lo cierto es que McConnor se había transformado en otro ser: tenía el rostro enrojecido hasta la raíz de su cabello, las ventanas de su nariz se le habían dilatado bajo una fuerza interior; transpiraba visiblemente y se mordía los labios con fuerza, lo que creaba una arruga en la barbilla proyectada hacia adelante en señal desafiante. En sus ojos, yo pude distinguir con inquietud el relampagueo de la pasión indómita que, por lo general, solo se observa en los jugadores de la ruleta cuando, después de haber doblado la apuesta seis o siete veces, vuelve a salir el color que no han elegido. En ese momento comprendí que la ambición fanática lo llevaría a jugar una y otra vez contra Czentovic, con una apuesta sencilla o doblada, hasta que pudiera ganarle por lo menos una vez, sin importar que pudiera perder todos sus bienes en el intento. Si Czentovic aguantaba hasta el final, habría encontrado una mina de oro de la que podría extraer un par de miles de dólares antes de llegar a Buenos Aires.

Czentovic permaneció inmóvil.

—Acepto —contestó con cortesía—. Ahora, los señores juegan con las negras.

La segunda partida no ofreció un panorama distinto, salvo que unos cuantos curiosos ampliaron nuestro círculo y lo hicieron más animado. McConnor miraba fijamente el tablero, como si quisiera magnetizar las piezas con su voluntad de vencer; creo que habría sido capaz de sacrificar mil dólares con tal de poder gritar «jaque mate» en el rostro de nuestro impertinente contrincante. Curiosamente, McConnor nos contagió de manera inconsciente con algo de esa obstinada excitación: discutíamos cada jugada con mayor pasión que en la partida anterior y alguno de nosotros interrumpía al otro en el momento de hacer la señal convenida para llamar a Czentovic. Poco a poco llegamos a la jugada treinta y siete y, para nuestra sorpresa, nos encontramos en una situación que parecía sernos favorable: habíamos logrado mover al peón a lo largo de la columna *c* y lo habíamos llevado hasta el escaque *c2*. Solo nos faltaba adelantarlo al escaque *c1* para cambiarlo por la reina. Esta situación, en apariencia favorable, no nos tranquilizó: mirábamos con recelo esta ventaja conquistada, pues creíamos que era el señuelo que nos había puesto Czentovic, quien jugaba de manera

más previsoria. Por más vueltas que le dábamos al asunto, no podíamos descubrir el ardid y, finalmente, decidimos hacer la jugada cuando estaba a punto de cumplirse el tiempo reglamentario. McConnor estaba dispuesto a tomar al peón para moverlo al último escaque cuando sintió que lo tomaban por el brazo y le murmuraban de manera vehemente:

—¡Por el amor de Dios, no lo haga!

De inmediato, todos volvimos la cabeza y vimos a un hombre de cerca de cuarenta y cinco años, cuyo rostro enjuto y de facciones pronunciadas ya había llamado mi atención en la cubierta de paseo por su extremada palidez, casi blanquecina. Debía haberse acercado a nosotros en los últimos minutos, cuando teníamos toda nuestra atención puesta en el problema que nos planteaba la jugada. Al darse cuenta de que todos lo mirábamos, añadió a toda prisa:

—Si lo cambia ahora por la reina, él contraatacará con el alfil en *c1* y ustedes retirarán el caballo. Entretanto, él avanzará con su peón libre hasta *d7* y amenazará a su torre. Incluso si ustedes logran decir jaque con el movimiento de su caballo, todo será en vano, habrán perdido la partida en, aproximadamente, nueve o diez movimientos. Es casi la misma situación que Alekhine utilizó por primera vez contra Bogoljubov en el gran torneo de Pistiana de 1922.

McConnor soltó sorprendido la figura y, no menos asombrado que cualquiera de nosotros, miró al hombre que había caído del cielo como un ángel protector. Alguien que pudiera calcular un jaque mate con nueve jugadas de antelación debía ser un profesional de primera línea y, quizá, un aspirante al título de campeón del mundo que viajaba en el barco para participar en el mismo torneo que Czentovic. Su llegada en un momento tan crítico tenía algo de sobrenatural. El primero en recobrarse fue McConnor:

—¿Usted qué aconsejaría? —susurró lleno de excitación.

—¡No avanzar de inmediato, sino retroceder! Sobre todo, poner a salvo al rey y llevarlo de la peligrosa casilla *g8* al escaque *h7*. Es probable que él ataque por el otro flanco, pero ustedes podrán contener el ataque al mover la torre de *c8* a *c4*. Esto le costará a él dos movimientos, un peón y la ventaja. Así, quedará un peón libre contra otro peón y, si ustedes logran

mantenerse correctamente a la defensiva, lograrán quedar en tablas. Más no van a conseguir.

Todos estábamos sorprendidos. La precisión y la rapidez de sus cálculos eran desconcertantes. Era como si él hubiera leído la jugada en un libro impreso. Por lo menos ahora, gracias a su intervención en nuestra partida, teníamos la oportunidad de quedar en tablas por arte de magia. De común acuerdo nos hicimos a un lado para dejarle ver mejor el tablero. McConnor volvió a preguntar:

—Entonces, ¿el rey de *g8* a *h7*?

—¡Por supuesto! Antes que nada, ¡ponerse a salvo!

McConnor obedeció e hicimos tintinear la copa de cristal. Czentovic se acercó a nuestra mesa con un paso tranquilo y abarcó con una sola mirada nuestra jugada. Luego, movió el peón sobre el ala del rey de *h2* a *h4*, exactamente como lo había predicho nuestro ayudante desconocido. De inmediato, nuestro ayudante murmuró con excitación:

—¡La torre! Avancen con la torre de *c8* a *c4*, así él tendrá que poner a cubierto a su peón ¡Pero eso no le servirá de nada! Sin prestarle atención al peón libre, ustedes atacarán moviendo su caballo de *d3* a *e5* y, así, se habrá restaurado el equilibrio. ¡Ahora, lleven el juego hacia adelante, no jueguen a la defensiva!

Nosotros no entendíamos lo que él decía. Todo lo que decía nos parecía chino. Pero McConnor, presa del encantamiento, obedeció sin pensarlo dos veces. Volvimos a hacer tintinear el cristal para llamar a Czentovic y, por primera vez, el maestro no hizo su jugada de manera apresurada, sino que contempló sorprendido el tablero. Luego, hizo la jugada que el desconocido había presagiado e hizo el ademán de retirarse a su sitio. Sin embargo, antes de hacerlo, sucedió algo nuevo e inesperado: Czentovic levantó la mirada y nos examinó a cada uno de nosotros, era evidente que quería descubrir quién le ofrecía tan repentina y tenaz resistencia.

A partir de ese momento, nuestra excitación se desbordó. Hasta entonces, habíamos jugado sin esperanzas, pero, ahora, la idea de quebrar la fría arrogancia de Czentovic nos aceleraba el corazón. Nuestro nuevo amigo ordenó la siguiente jugada y los dedos me temblaban cuando me dispuse a

hacer tintinear el cristal para llamar a Czentovic. Entonces, obtuvimos nuestro primer triunfo: Czentovic, que hasta el momento había jugado de pie, vacilaba y vacilaba hasta que, por fin, decidió tomar asiento. El campeón se sentó despacio y, al hacerlo, dejó de mirarnos por encima del hombro, por lo menos físicamente. Lo habíamos obligado a situarse a nuestro nivel, cuando menos, en el espacio. Czentovic reflexionó durante un largo tiempo sin apartar la vista del tablero, hasta que ya no se podían distinguir las pupilas bajo sus párpados, y con el esfuerzo de la reflexión se le iba abriendo poco a poco la boca, lo que daba a su rostro una expresión simplona. Czentovic meditó unos minutos. Luego, hizo su jugada y se levantó. De inmediato, nuestro amigo murmuró:

—¡Una jugada para ganar tiempo! ¡Bien pensado! ¡Pero no hay que dejarse engañar! Hay que forzar el cambio, si lo confrontan de inmediato, no habrá dios que pueda ayudarlo.

McConnor obedeció. Las siguientes jugadas fueron para ellos dos (pues desde hace tiempo nosotros habíamos quedado relegados al papel de espectadores) una sucesión de jugadas que no tenían ningún sentido para nosotros. Alrededor de siete jugadas, Czentovic alzó la mirada después de una larga reflexión y dijo:

—Tablas.

Por un momento reinó el silencio absoluto. De repente, se podía oír el golpeteo de las olas y la música de jazz que sonaba en la radio del salón. Se podía percibir cada uno de los pasos que se daba en la cubierta de paseo y el suave y fino silbido del viento que atravesaba por las rendijas de las ventanas. Había sido tan repentina la situación, que quedamos sin aliento: era increíble que un desconocido hubiera impuesto su voluntad sobre el campeón mundial en una partida que ya dábamos por perdida. McConnor se echó para atrás y la respiración contenida le dio pasó a un «¡ah!» satisfactorio. Por mi parte, yo observaba a Czentovic, pues ya en las últimas jugadas me había parecido que palidecía, aunque él sabía dominarse: continuó con su aparente rigidez imperturbable y preguntó con displicencia, mientras removía las figuras del tablero:

—¿Los señores desean una tercera partida?

Formuló la pregunta de manera objetiva, como si se tratara de un asunto comercial. Pero lo curioso era que no había mirado a McConnor, sino que había lanzado una mirada desafiante y directa a nuestro salvador. Como un caballo reconoce a un mejor jinete por la firmeza con que lo monta, Czentovic debió haber descubierto a su verdadero y único oponente durante las últimas jugadas. De inmediato, nosotros seguimos su mirada y estuvimos atentos a la reacción del forastero. Sin embargo, antes de que este pudiera siquiera reflexionar o responder, McConnor gritó triunfante lleno de una ambiciosa excitación:

—¡Por supuesto! ¡Pero ahora debe jugar usted solo contra él! ¡Usted solo contra Czentovic!

En ese momento, sucedió algo imprevisto: el forastero, que, curiosamente, seguía mirando al tablero vacío, se sobresaltó al darse cuenta de que todas las miradas estaban clavadas en él y que le dirigían la palabra con entusiasmo. La expresión de su rostro denotaba una súbita confusión:

—De ninguna manera, caballeros —balbuceó visiblemente afectado—. Ni hablar… no cuenten conmigo… no me he sentado ante un tablero de ajedrez desde hace veinte, no, veinticinco años… y solo hasta ahora me doy cuenta de mi comportamiento indebido al inmiscuirme en su juego sin haberles pedido permiso. Por favor, disculpen mi indiscreción, no los molestaré más —y antes de que pudiéramos recuperarnos de nuestra sorpresa, el hombre se había retirado y había abandonado la habitación.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó el temperamental McConnor dando un puñetazo—. ¡Es totalmente imposible que este hombre no haya jugado ajedrez en veinticinco años! Ha sido capaz de prever, con cinco o seis jugadas de antelación, cada movimiento, cada réplica del adversario. Una cosa de esas no se saca de la manga, es imposible, ¿no es cierto?

Sin darse cuenta, McConnor se había dirigido a Czentovic al formular esta pregunta. Sin embargo, el campeón mundial mantuvo su frialdad imperturbable.

—No puedo emitir un juicio al respecto. En todo caso, el caballero jugó de una manera insólita e interesante. Por eso decidí darle una oportunidad.

Mientras se levantaba con displicencia, añadió en su tono desinteresado:

—Si el señor o los señores desean repetir la partida mañana, estaré disponible desde las tres de la tarde.

No pudimos evitar una leve sonrisa. Cada uno de nosotros sabía que no era cierto que Czentovic le hubiera dado una oportunidad a nuestro desconocido salvador por generosidad y que aquella observación no era más que una excusa ingenua para encubrir su propio fracaso. Esto hizo que creciera con fuerza nuestro deseo de ver doblegada una soberbia tan descarada. Por primera vez, un salvaje y ambicioso deseo de lucha se apoderó de nosotros, los pacíficos y despreocupados pasajeros, pues nos fascinaba la idea de arrebatarle la gloria al campeón mundial justo en nuestro barco y en medio del océano, un récord que se extendería por todo el mundo a través de todas las oficinas de telégrafos. A ello se sumaba también el atractivo misterio de la intervención inesperada de nuestro salvador en el momento más crítico y el contraste entre su modestia casi temerosa y la inquebrantable arrogancia del profesional. ¿Quién era este desconocido? ¿Acaso el azar había hecho aparecer a un genio del ajedrez aún desconocido? ¿O se trataba de un maestro famoso que ocultaba su nombre por razones que no podíamos averiguar? Discutíamos todas estas posibilidades con excitación, ni siquiera las hipótesis más osadas lograban conciliar la misteriosa vergüenza y la sorprendente confesión del forastero con la evidente maestría en el arte del ajedrez. Sin embargo, todos estábamos de acuerdo en un punto: de ninguna manera renunciaríamos al espectáculo de un nuevo enfrentamiento. Decidimos que lo intentaríamos todo para que nuestro salvador se enfrentara a Czentovic la tarde siguiente y McConnor se comprometió a correr el riesgo económico correspondiente. Como nos enteramos de que el individuo era austriaco, por información que nos brindó un camarero, me fue encargada la tarea de comunicarle nuestra solicitud a este compatriota.

No me costó mucho tiempo encontrar al presuroso fugitivo en la cubierta de paseo, recostado en una silla y leyendo. Antes de dirigirme a él, aproveché la oportunidad de observarlo con atención: la cabeza de rasgos marcados descansaba sobre una almohada con un gesto de leve cansancio. Una vez más me llamó la atención la palidez de un rostro que aparentaba ser juvenil y en cuyas sienes se veían unos cabellos blancuzcos. No sé por

qué, pero tuve la impresión de que este hombre se había envejecido de repente. Apenas me acerqué a él, se levantó cortésmente y se presentó con un apellido que, en seguida, me pareció familiar, un apellido que pertenecía a una de las familias austriacas más antiguas y más prestigiosas. En ese momento recordé que uno de los portadores de aquel nombre había pertenecido al círculo íntimo de amigos de Schubert y que uno de los médicos de cámara del emperador provenía de este linaje. Al comunicarle nuestra petición al Dr. B., este quedó visiblemente desconcertado, pues él no sabía que el contrincante de la partida era un campeón mundial, y mucho menos que se trataba del campeón más adinerado y famoso en ese momento. Por alguna razón, esto pareció producirle una singular impresión, pues una y otra vez me preguntaba si estaba seguro de que su contrincante era un campeón mundial reconocido. Pronto me percaté de que esta situación me facilitaba la tarea y, debido a su visible sensibilidad, consideré oportuno evitar mencionar que McConnor asumiría el riesgo monetario. Después de un largo titubeo, el Dr. B. afirmó estar dispuesto a jugar otra partida, aunque no sin indicarme que debía advertir a los demás caballeros para que no pusieran esperanzas exageradas en sus habilidades.

—Pues —añadió con una sonrisa— en realidad no sé si sea capaz de jugar una partida de ajedrez como es debido. Por favor, no crea que he actuado con falsa modestia al decir que no he vuelto a tocar una pieza de ajedrez desde mis épocas de estudiante, es decir, hace más de veinte años. Y, de hecho, en aquella época yo ya era considerado como un jugador con poco talento.

Él dijo esto de manera tan natural, que yo no pude dudar ni un minuto de su sinceridad. Sin embargo, tampoco pude evitar manifestarle mi asombro por la manera en la que había podido recordar cada estrategia particular de distintos maestros de ajedrez. Por lo menos de manera teórica, debía haberse ocupado mucho del ajedrez. Al oír esto, se volvió a dibujar la extraña sonrisa de ensueño en el rostro del Dr. B.

—¿Qué si me he interesado mucho en el ajedrez? Dios sabe que me he dedicado a estudiarlo, pero eso sucedió bajo circunstancias excepcionales. Se trata de una historia muy compleja, pero usted la puede considerar como

una de las pequeñas contribuciones a esta encantadora época en la que vivimos. Si usted tuviera media hora de paciencia…

Me ofreció una silla a su lado y yo acepté encantado la invitación. Estábamos a solas. El Dr. B. se quitó los anteojos y comenzó:

—Usted fue muy amable al decirme que, como vienés, recordaba el apellido de mi familia. Pero supongo que nunca oyó hablar del bufete de abogados que yo dirigía con mi padre y, tiempo después, solo, pues nosotros no defendíamos causas que se publicaran en los periódicos y, por principio, no aceptábamos nuevos clientes. En realidad, no era un verdadero bufete de abogados, sino que nos dedicábamos a la asesoría jurídica y a la administración de bienes de los grandes monasterios a los que mi padre estaba muy vinculado porque había sido diputado del partido clerical. Además (ahora que la monarquía hace parte de la historia, creo que puedo decirlo), se nos había confiado la administración de los fondos de algunos miembros de la familia imperial. Estas conexiones con la corte y con el clero se remontaban a dos generaciones atrás: un tío mío había sido médico de cámara del emperador y otro, abad de Seitenstetten. Nosotros solo nos dedicábamos a mantener dichas conexiones y digamos que eso era una habilidad silenciosa que nos había sido asignada gracias a la confianza heredada en la que no se nos exigía más que una rigurosa discreción y fiabilidad, dos atributos que mi difunto padre tenía en exceso. Incluso, él logró que sus clientes conservaran considerables fortunas tanto en los años de la inflación como en los de la revolución gracias a su prudencia. Luego, cuando Hitler llegó al poder en Alemania y comenzó a expropiar las posesiones de la iglesia y a los monasterios, participamos también en diversas negociaciones y transacciones al otro lado de la frontera para, por lo menos, salvar de la incautación a los bienes muebles. A través de nuestros actos, llegamos a saber más de negociaciones políticas secretas de la curia y de la casa imperial de lo que llegará a saber la opinión pública. Gracias a la discreción de nuestro bufete (nunca pusimos una placa ante la puerta) y a la extrema prudencia con la que evitábamos los círculos monárquicos, estábamos a salvo de cualquier pesquisa indeseada. De hecho, en todos estos años ninguna de las autoridades de Austria ha sospechado que los mensajeros secretos de la casa imperial recogían o entregaban el

correo importante justo en nuestro modesto despacho ubicado en un cuarto piso.

»Pues bien, antes de que los nacionalistas rearmaran su ejército y lo pusieran contra el mundo, se comenzó a organizar otro ejército más peligroso y capacitado en todos los países vecinos: la legión de los infortunados, de los relegados, de los humillados. En cada cargo, en cada empresa se había infiltrado lo que ellos denominaban como "células", incluso en las habitaciones privadas de Dollfuss y Schuschnigg se encontraban sus escuchas y sus espías. Por desgracia, después pude comprobar que también tenían a uno de sus hombres en nuestro modesto despacho: se trataba de un lamentable oficinista sin talento que yo acepté por recomendación de un párroco, con el único fin de darle al despacho el aspecto de una empresa regular. De hecho, solo le encargábamos asuntos nimios, como contestar el teléfono u ordenar aquellas actas insignificantes e inofensivas. Tenía estrictamente prohibido abrir el correo y yo era el único que escribía las cartas más importantes a máquina y sin dejar copias; cada documento importante me lo llevaba a casa y las reuniones secretas tenían lugar en el priorato del monasterio o en el consultorio de mi tío. Gracias a estas medidas preventivas, este esbirro no se podía enterar de los sucesos esenciales. Sin embargo, a causa de una mala jugada del azar, este ambicioso y vanidoso individuo se dio cuenta de que no confiábamos en él y que algo muy interesante sucedía a sus espaldas. Es posible que, en mi ausencia, algún mensajero imprudente haya hablado de "su majestad" en vez del barón Fern, como habíamos acordado, o quizá aquel canalla pudo haber abierto una carta desobedeciendo mis órdenes, lo cierto es que, antes de que yo lo sospechara, el hombre recibió una orden de Múnich o Berlín para vigilarnos. Solo mucho tiempo después, cuando estaba en prisión, recordé cómo, de pronto, él se había comenzado a ofrecer con empeño para llevar la correspondencia. No puedo decir que yo no fui un poco imprudente, pero ¿acaso no cayeron también los grandes diplomáticos y militares en las trampas tendidas por los esbirros de Hitler?

»Pude darme cuenta del interés que la Gestapo había puesto en mí, cuando fui detenido por miembros de la SS la misma tarde en la que Schuschnigg dimitió un día antes de que Hitler entrara en Viena. Por suerte,

pude quemar los papeles más importantes apenas oí el discurso de despedida de Schuschnigg por la radio; los demás papeles imprescindibles con los valores depositados en el extranjero, pertenecientes a los monasterios y a dos archiduques, se los pude enviar en el último minuto a mi tío, escondidos en un cesto de ropa que llevaba mi vieja ama de llaves (una persona de absoluta confianza), mientras los esbirros derribaban la puerta de mi despacho.

El Dr. B. interrumpió su relato para encender un cigarro. Con el resplandor de la llama, pude notar un tic nervioso en la comisura derecha de su boca, que ya me había llamado la atención y que, como pude observar, se repetía cada pocos minutos. Era un movimiento repentino, apenas más perceptible que un soplo de aire, pero dotaba toda la expresión facial de una extraña inquietud.

—Es probable que usted suponga que ahora le contaré sobre los campos de concentración a los que fueron llevados todos aquellos que habían sido leales a la antigua Austria. Pensará que le contaré sobre todas las humillaciones, los martirios y las torturas que tuve que soportar; pero nada de eso me sucedió. Yo fui asignado a otra categoría: no me llevaron con aquellos que fueron humillados corporal y mentalmente por un resentimiento que provenía de antaño, sino que me destinaron a un grupo más reducido del que los nacionalsocialistas esperaban obtener dinero o información importante. Como era natural, la Gestapo no se interesaba en mí, pero se debían haber enterado de que nosotros éramos los testaferros, los administradores y los hombres de confianza de sus enemigos más encarnizados. Lo que esperaban obtener de mí eran documentos incriminatorios: material en contra de los monasterios, para probar que ocultaban bienes; material en contra de la familia imperial y de todo aquel que se hubiera sacrificado en Austria por la monarquía. Suponían (y en esto no se equivocaban) que aún permanecían escondidas considerables reservas de los fondos que habían pasado por nuestras manos y que eran inaccesibles a su rapiña. Por eso me detuvieron desde el primer día para hacerme hablar mediante sus métodos refinados. La gente de mi categoría, a la que le podían sacar dinero o información importante, no era enviada a campos de concentración, sino que tenía reservado un trato especial. Tal vez usted

recuerde que ni nuestro canciller ni el barón Rothschild, de cuyos familiares esperaban obtener grandes sumas de dinero, fueron a parar tras el alambre de púas de los campos de concentración. Por el contrario, fueron alojados con preferencia en un hotel: el Hotel Metropol, que se había convertido en el cuartel general de la Gestapo. Allí, cada uno recibía una habitación individual y yo, este hombre insignificante, también recibí el mismo trato distinguido.

»Una habitación individual en un hotel. Esto suena a un trato muy humano, ¿verdad? Pero me puede creer cuando le digo que el hecho de alojar a las “personalidades” en una habitación de hotel con calefacción aceptable, en vez de hacinarlas de veinte en veinte en una fría barraca, no se debía a un trato más humano, sino a un método más refinado. Porque la presión que ejercían sobre nosotros para obtener el “material” funcionaba de manera más sutil que los golpes o la tortura corporal: se trataba del aislamiento más refinado que se pueda imaginar. No nos hacían nada, se limitaron a situarnos en el vacío más absoluto y nada produce una presión tan grande sobre el alma humana como el vacío. En vez de las golpizas y del frío, cada uno de nosotros había sido relegado a una habitación herméticamente aislada del mundo exterior, en donde la presión interior conseguiría, al final, abrirnos los labios. A primera vista, la habitación no me pareció desagradable: tenía una puerta, una cama, un sillón, una jofaina y una ventana enrejada. Pero la puerta permanecía cerrada día y noche; sobre la mesa no había nada pues no me permitían tener periódicos, ni hojas de papel, ni lapiceros, y la ventana daba a un muro cortafuego. Alrededor de mi espíritu y de mi cuerpo habían erigido la nada absoluta. Me habían arrebatado todos los objetos: el reloj, para que no supiera la hora; el lapicero, para que no pudiera escribir; el cuchillo, para que no me cortara las venas, incluso se me negó el más mínimo narcótico, como un cigarro. Nunca oía una voz humana y no veía ningún rostro humano, salvo el del guarda, quien tenía prohibido hablar y responder preguntas. La vista, el olfato, todos mis sentidos estaban privados de alimento en el día y en la noche. Allí se estaba consigo a solas, a solas con su cuerpo y con los cuatro o cinco objetos mudos: la mesa, la cama, la ventana y la jofaina; se vivía como un buzo encerrado en una campana de cristal en medio del oscuro

océano del silencio, como un buzo que presiente que se ha roto la soga que lo conecta con el mundo exterior y que nadie irá a rescatarlo de las silenciosas profundidades. No había nada que hacer, nada que oír, nada que ver. Por todos lados estaba la nada, el vacío sin tiempo y sin espacio. Solo se podía ir de aquí para allá, arriba y abajo, junto con los pensamientos; pero incluso los pensamientos más insustanciales requieren un punto de apoyo, de lo contario, comienzan a girar en torno a sí mismos: tampoco ellos soportan la nada. De la mañana a la noche se esperaba algo y no sucedía nada. Esperaba una y otra vez. Esperaba una y otra vez y no sucedía nada. Esperaba, esperaba, esperaba; pensaba, pensaba, pensaba hasta que me dolía la cabeza y no sucedía nada. Estaba solo. Solo. Solo.

»Eso duró dos semanas, dos semanas en las que viví fuera del tiempo y del mundo. Si en ese entonces hubiera estallado la guerra, no me hubiera enterado. Mi mundo se componía solo de la mesa, la puerta, la cama, la jofaina, el sillón, la ventana y la pared. Y mi mirada siempre estaba fija en el mismo papel tapiz sobre la pared. De tanto que lo había mirado, cada línea del dibujo zigzagueante quedó grabada en mi cerebro, como si hubiera sido grabada con un buril de bronce. Luego, empezaron, por fin, los interrogatorios: lo llamaban a uno de repente y lo conducían a través de corredores, sin que uno supiera si era de día o de noche. Después, había que esperar en algún lugar desconocido y, de pronto, se estaba ante una mesa, ante la que estaban también un par de personas uniformadas. Sobre la mesa había una pila de papeles: las actas, cuyo contenido era desconocido. Entonces, comenzaban las preguntas, las verdaderas y las falsas; las claras y las tendenciosas; las preguntas encubiertas y las preguntas capciosas. Y mientras respondía las preguntas, algunas manos extrañas y hostiles pasaban las hojas, sin que uno supiera lo que decían y otras manos extrañas y hostiles anotaban algo en un protocolo, sin que uno supiera lo que escribían. Para mí, lo más temible de estos interrogatorios era que nunca podía adivinar ni calcular lo que la gente de la Gestapo sabía en realidad sobre los asuntos de mi despacho, ni lo que querían sacar de mi confesión. Ya le he dicho que los papeles incriminatorios se los pude enviar a mi tío en el último minuto con el ama de llaves. Pero, ¿los había recibido o no habían llegado a sus manos? ¿Y cuánto había revelado el escribiente? ¿Cuántas

cartas habían interceptado? ¿Cuánta información habrían tal vez arrancado por la fuerza a un torpe clérigo que hacía parte de los monasterios que representábamos? Ellos seguían preguntando y preguntando: qué valores había adquirido para tal o cual monasterio; con qué bancos me contactaba; si conocía al señor fulano de tal o no; si había recibido cartas provenientes de Suiza o de Steenokkerzeel. Y como yo no podía hacerme una idea de lo que ellos sabían en realidad, cada respuesta llevaba consigo una responsabilidad espeluznante: si les decía algo que no sabían, era probable que condenara a muerte a alguien de manera innecesaria. Pero si negaba demasiado, me perjudicaba a mí mismo.

»No obstante, el interrogatorio no era lo peor. Lo peor era regresar a la nada después del interrogatorio, a la misma habitación con la misma mesa, la misma cama, la misma jofaina y el mismo papel tapiz, pues, tan pronto como volvía a estar a solas, comenzaba a reconstruir el interrogatorio, pensando en las respuestas más inteligentes que habría podido dar y en las respuestas que tendría que dar en el próximo interrogatorio para alejar las sospechas que, tal vez, había levantado sobre mí con alguna respuesta poco meditada. Yo reflexionaba, examinaba a fondo cada palabra de la declaración que le había dado al juez instructor; recapitulaba cada pregunta que él me había formulado y cada respuesta que yo le había dado; intentaba adivinar las respuestas que habían sido anotadas en el protocolo, a pesar de que sabía que nunca podría adivinarlo ni calcularlo. Una vez que se habían puesto en marcha por el espacio vacío, aquellos pensamientos no cesaban de dar vueltas en mi cabeza, comenzaban una y otra vez, siembre en nuevas combinaciones, hasta que me quedaba dormido. Después de cada interrogatorio y sin piedad, mis pensamientos se hacían cargo del martirio de las preguntas, las averiguaciones y los tormentos. Se podría decir que esto era más horrible, pues los interrogatorios duraban una hora, mientras que mis pensamientos no cesaban nunca gracias a la maliciosa tortura de aquella soledad. A mi alrededor, siempre estaba la mesa, el armario, la cama, el papel tapiz y la ventana. No había ninguna distracción: ni un libro, ni un periódico, ni un rostro nuevo; ni un lápiz para tomar notas, ni una cerilla para poder jugar con ella. No había nada, nada, nada. Solo entonces comprendí cuán diabólico y psicológicamente mortal era este sistema de la

habitación del hotel. Puede que, en un campo de concentración, me hubiera tocado cargar piedras hasta que las manos me sangraran y los pies se congelaran dentro de los zapatos; quizá me hubieran hacinado con una docena de personas en medio del frío y de la pestilencia, pero por lo menos habría podido ver los rostros de los demás; habría podido ver un campo, un carro, un árbol, una estrella o cualquier cosa, mientras que aquí no había nada con lo que pudiera distraerme de mis pensamientos, de mis alucinaciones, de mis recapitulaciones enfermizas. Y justamente era esa la intención que ellos tenían: que yo me atragantara con mis pensamientos hasta que me ahogara y me viera obligado a hablar, a declarar todo lo que ellos querían oír; a entregarles, por fin, el material y los nombres de las personas. Poco a poco me di cuenta de que mis nervios comenzaban a ceder ante la horrible presión del vacío y, consciente del peligro, intenté tensarlos al extremo, buscando o inventando cualquier distracción. Para ocuparme en algo, traté de recordar todo lo que alguna vez me había aprendido de memoria: el himno nacional y las rimas infantiles; los versos de Homero aprendidos en el liceo y los parágrafos del código civil. Luego, intenté calcular, sumar cantidades arbitrarias o dividirlas, pero mi memoria ya no tenía ningún poder de retención en medio del vacío. No me podía concentrar en nada, pues siempre tornaba a las mismas cavilaciones: ¿qué saben ellos? ¿Qué dije ayer? ¿Qué tendré que decir la próxima vez?

»Este estado indescriptible duró cuatro meses. Cuatro meses se escribe fácil: ¡solo tiene once letras! Y se dice pronto, ¡pues solo tiene cuatro sílabas! En un cuarto de segundo, los labios se apresuran y articulan el sonido: ¡cuatro meses! Pero nadie puede narrar, ni imaginar, ni medir ante sí mismo o ante los demás cuánto dura el tiempo fuera del tiempo y del espacio, y tampoco nadie puede aclarar cómo lo carcome y lo destruye a uno la nada perpetua: siempre la mesa, la cama, la jofaina y el papel tapiz; siempre el silencio y el mismo guarda que, sin que uno lo viera, traía la comida; siempre el mismo pensamiento alrededor de la nada hasta que uno comienza a volverse loco. Por pequeños indicios, pude darme cuenta de que mi cerebro comenzaba a trastornarse. Al principio mantuve mis pensamientos claros durante los interrogatorios: había declarado tranquilo y meditado mis palabras, aún funcionaba el doble proceso de pensamiento

sobre lo que debía decir y lo que debía callar. Luego solo podía articular las oraciones más sencillas a través de balbuceos pues, mientras hablaba, quedaba hipnotizado con la pluma que registraba en el acta mis declaraciones, como si quisiera seguir mis propias palabras. Yo sentía cómo disminuían mis fuerzas, sentía cómo estaba cada vez más cerca el momento en el que, para salvarme, diría todo lo que sabía y quizá aún más para evadir aquella nada asfixiante; traicionaría a doce personas y revelaría sus secretos con tal de lograr el más mínimo alivio. Ese momento llegó una noche cuando, en medio de la angustia, el guarda me llevó la comida y yo le grité: "¡Lléveme a la sala de interrogatorio! ¡Quiero declararlo todo! ¡Quiero decirles dónde están los papeles y el dinero! ¡Les voy a contar todo!". Por fortuna, no me oyó o tal vez no quiso oírme.

»Pero en medio de este estado miserable sucedió algo imprevisto que me salvó, por lo menos por un tiempo. Era un día lluvioso y oscuro de finales de julio: recuerdo muy bien cada detalle porque la lluvia repiqueteaba en los cristales de la ventana del pasillo por el que yo era conducido y luego tuve que esperar en la antesala del despacho del juez de instrucción. Cada vez que me llevaban ante él tenía que esperar, pues también esta espera hacía parte de la técnica: primero le ponían a uno los nervios de punta al llamarlo y sacarlo de la celda de repente en medio de la noche y, después, cuando uno ya se había preparado para el interrogatorio, cuando uno había aguzado el ingenio y la voluntad para resistir, lo obligaban a esperar a uno sin sentido una hora, dos o tres horas antes del interrogatorio hasta que el cuerpo se cansara y el espíritu se ablandara. Y aquel miércoles 27 de julio me hicieron esperar más de lo acostumbrado: estuve dos horas de pie en la antesala. Recuerdo muy bien esta fecha porque en aquella antesala, en la que no me estaba permitido sentarme (durante dos horas tuve que soportar el peso de mi cuerpo sobre las piernas), había un calendario y no puedo explicarle cómo sacié mi hambre por lo impreso y por lo escrito con estas pocas palabras que colgaban sobre la pared: 27 de julio. Mi cerebro las devoró de inmediato y, luego, volví a esperar y a esperar; miré hacia la puerta para ver si se abría de una vez, mientras pensaba qué era lo que me podrían preguntar los inquisidores, aun con la certeza de que me preguntarían algo totalmente distinto de lo que yo había preparado. Pero, a pesar de todo, esta tortuosa espera de pie tenía algo de placentero, al fin y al cabo, la habitación era distinta a la mía: un poco más grande y con dos ventanas en vez de una; allí no estaba la cama ni la jofaina, ni la grieta que había en el alféizar de la ventana y que yo había visto millones de veces. La puerta estaba pintada de otro color, había otro sillón ante la pared y, a la izquierda, un archivador lleno de actas y un perchero en el que colgaban tres o cuatro abrigos militares mojados, los abrigos de mis torturadores. En otras palabras, tenía algo nuevo ante mí, algo distinto que observar; por fin algo distinto para mis ojos hambrientos, que se clavaban con avidez en cada detalle. Observé cada pliegue de esos abrigos. Por ejemplo, me di cuenta de una gota que colgaba de uno de los cuellos mojados y, a pesar de lo ridículo que esto pueda sonar para usted,

esperé con una ansiedad incomprensible para ver si esta gota caía finalmente o si podía luchar un poco más contra la gravedad y permanecer sobre el cuello mojado. Sí, contuve la respiración y estuve mirando durante varios minutos esa gota, como si de ello dependiera mi vida. Cuando por fin cayó, conté los botones de los abrigos: ocho en uno, ocho en otro y diez en el tercero, y luego volví a comparar los pliegues de cada uno. Mis ojos hambrientos palpaban, inspeccionaban y apresaban todas estas ridículas nimiedades con una avidez indescriptible. De repente, mi mirada quedó fija en algo: descubrí que había una protuberancia en el bolsillo lateral de uno de los abrigos, me acerqué un poco más y creí reconocer lo que se escondía en el bolsillo por la forma rectangular de la protuberancia: ¡un libro! Mis piernas comenzaron a flaquear: ¡UN LIBRO! No había tenido un libro en la mano durante cuatro meses y ahora había algo de embriagante y ensordecedor en la sola idea de un libro en el que se podían ver palabras alineadas, renglones, páginas y hojas; un libro en el que se podían leer, perseguir y atesorar pensamientos nuevos, ajenos y distintos en el cerebro. Mis ojos miraron hipnotizados la pequeña protuberancia que formaba el libro dentro del bolsillo, alumbraban este lugar, como si quisieran abrir un agujero en el abrigo. Al final, no pude contener mi codicia y, de manera involuntaria, me acerqué a los abrigos. Solo pensar que podría tener un libro entre mis manos me hacía arder los dedos hasta la raíz de las uñas; casi sin darme cuenta me fui acercando cada vez más. Por fortuna, el guarda no se percató de mi comportamiento, quizá le pareció natural que un hombre quisiera apoyarse contra la pared después de haber estado dos horas de pie. Cuando estuve junto al abrigo, puse mis manos en la espalda con la intención de palpar la protuberancia sin llamar la atención. Toqué el objeto y, en efecto, pude sentir algo rectangular, algo flexible y que crujía levemente: ¡un libro! ¡Un libro! De inmediato, una idea atravesó mi cerebro como un relámpago: ¡roba el libro! ¡Tal vez lo conseguirás y podrás esconderlo en tu celda para leerlo una y otra vez! Apenas formulé esta idea en mi cabeza, comencé a sentir que tenía el efecto de un poderoso veneno: comenzaron a silbarme los oídos, se aceleraron los latidos de mi corazón, mis manos se pusieron heladas y ya no me obedecían. Pero después de este aturdimiento inicial, me volví a acercar al abrigo con astucia y con sigilo:

aún con las manos en la espalda y con los ojos puestos en el guarda, tomé el libro y lo fui subiendo para sacarlo del bolsillo. Luego, con un movimiento ligero y cuidadoso, tuve de repente el pequeño libro entre mis manos. Solo en ese momento quedé aterrado de lo que había acabado de hacer, pero ya no podía arrepentirme. ¿Dónde lo escondería ahora? Pegado a mi espalda, fui empujando el tomo por debajo de mis pantalones, lo situé debajo del cinturón y, de allí, lo moví poco a poco y lo situé en la cadera, con el fin de poder mantenerlo fijo en la costura al caminar con las manos marcialmente pegadas a ambos lados del pantalón. Entonces sobrevino la primera prueba, pues comencé a alejarme del perchero: di un paso, luego dos y luego tres. Todo salió bien. Bastaba con tener la mano sobre el cinturón para asegurar el libro.

»Después llegó el interrogatorio, que exigió de mí un esfuerzo mayor al esfuerzo de los interrogatorios anteriores, pues ya no solo tenía que concentrarme en las palabras de mis declaraciones, sino también en sujetar el libro sin llamar la atención. Por fortuna, el interrogatorio duró poco en aquella ocasión y yo pude llegar a mi habitación con el libro sano y salvo. No quiero molestarlo con todos los pormenores del asunto, bastará con decirle que, en un momento, el libro se resbaló por el pantalón peligrosamente cuando estaba en medio del corredor y yo tuve que simular un fuerte acceso de tos para agacharme y volver a acomodar el libro entre el cinturón. ¡Pero qué gran momento cuando volví a mi infierno, cuando por fin estuve a solas y, sin embargo, ya no completamente a solas!

»Es probable que usted crea que tomé el libro de inmediato, lo contemplé y lo leí. ¡De ninguna manera! Primero quise disfrutar el placer de tener un libro entre mis manos, el deleite artificial y prolongado que excitaba mis nervios; el placer de soñar con la clase de libro que debía ser el libro que acababa de robar: un libro impreso con espacios angostos entre los renglones y que tuviera muchas, muchas letras; con muchas, muchas páginas finas para que yo pudiera leerlo por más tiempo. Luego, deseé que el libro contuviera una obra que me exigiera mentalmente; que no fuese nada superficial ni fácil de leer, sino que fuese algo que se pudiese aprender de memoria: poesía y, de ser posible (¡qué sueño más osado!), Goethe u Homero. Al final, no pude contener mi avidez ni mi curiosidad por más

tiempo: tendido sobre la cama, para que el guarda no pudiera sorprenderme al abrir la puerta de repente, saqué tembloroso el tomo de entre mis ropas.

»La primera hojeada fue decepcionante e, incluso, me produjo una especie de amargo disgusto: este libro obtenido a costa de un inmenso peligro y que había despertado tan ardientes esperanzas en mi interior no era más que un repertorio de partidas de ajedrez, un compendio de ciento cincuenta partidas magistrales. Si no hubiera estado encerrado, habría arrojado el libro por una ventana abierta en un arrebato de ira, pues, ¿qué iba a hacer yo con algo tan absurdo? Como la mayoría de jóvenes, yo también había matado mi aburrimiento ante un tablero de ajedrez en el liceo, pero ¿qué podía hacer con ese disparate teórico? El ajedrez no se puede jugar sin una pareja y mucho menos sin piezas y sin un tablero. Disgustado, hojeé las páginas del libro para ver si encontraba algo legible: una introducción o una instrucción, pero no encontré nada más que los esquemas cuadrados de cada una de las partidas magistrales junto con caracteres que yo no comprendía: a_2-a_3, cf_1-g_3, etcétera. Todo eso me parecía una especie de álgebra cuya clave ignoraba, aunque poco a poco fui descifrando que las letras *a*, *b* y *c* correspondían a las columnas, mientras que los números del 1 al 8 correspondían a las filas y que se utilizaban para determinar la posición correspondiente de cada una de las fichas. Así, los esquemas gráficos adquirían, por lo menos, un lenguaje. Pensé que tal vez podría construir una especie de tablero de ajedrez en mi celda para poder recrear dichas partidas y, como una señal del cielo, noté que la colcha de mi cama era a cuadros y, al plegarla de manera adecuada, pude obtener los sesenta y cuatro escaques; arranqué la primera hoja y escondí el libro bajo el colchón. Luego, con pequeñas migas de pan comencé a modelar las figuras del ajedrez hasta que obtuve al rey, a la reina y a las demás figuras. Por supuesto, todas ellas eran ridículas e imperfectas. Después de innumerables esfuerzos, pude reconstruir las posiciones señaladas en el libro de ajedrez sobre la colcha a cuadros, pero cuando intenté jugar la partida, fracasé por completo con mis ridículas piezas de migajas, pues solo pude oscurecer con polvo la mitad de las piezas para distinguirlas. Durante los primeros días me confundía constantemente y tenía que recomenzar la partida cinco, diez o hasta veinte veces. Pero, ¿quién sobre la tierra disponía

de tanto tiempo desperdiciado e inútil como yo, el esclavo de la nada? ¿A quién más le había sido ofrecida la codicia inconmensurable y la paciencia? Después de seis días, pude jugar la partida a la perfección; una semana más tarde ya no necesité las migajas sobre la colcha para reconstruir la posición sobre el tablero de ajedrez y, a la semana siguiente, la colcha a cuadros se hizo prescindible: de manera automática, los signos del libro (*a1, a2, c7, c8*), que al principio me parecían abstractos, se transformaron en posiciones plásticas y visibles en mi mente. El cambio había sido un éxito total: había proyectado hacia el interior el tablero de ajedrez con sus figuras y, gracias a esta simple fórmula, podía abarcar la posición correspondiente, tal como a un músico experto le basta echar un vistazo a la partitura para oír todas las voces y su armonía. Dos semanas después, era capaz de recrear sin esfuerzo cada una de las partidas del libro, pues las jugaba de memoria o, como dicen los expertos, a ciegas. Solo entonces comencé a comprender cuán provechoso había resultado aquel robo insolente porque por primera vez en meses tenía algo que hacer; algo disparatado o, si usted quiere, vano, pero era una ocupación que derruía la nada a mi alrededor: con las ciento cincuenta partidas magistrales, yo poseía un arma maravillosa contra la monotonía agobiante del tiempo y el espacio. A partir de ese momento dividí cada uno de mis días de manera precisa para conservar intacto el estímulo de esta nueva ocupación: dos partidas en la mañana, dos partidas en la tarde y, en la noche, un rápido repaso. Así, mis días, que se dilataban sin forma como la gelatina, adquirían un contenido. Tenía algo que hacer, pero eso no me extenuaba pues el ajedrez tiene la maravillosa ventaja de no fatigar la mente: al concentrar toda la energía mental en un campo estrictamente delimitado, el cerebro no se agota por la exigencia mental, sino que aguza su agilidad y su vigor. Poco a poco la recreación mecánica de las partidas de los maestros despertó en mí una inclinación artística placentera: aprendí a comprender las sutilezas, los trucos y los ardides de la defensa y del ataque; comprendí las técnicas de la previsión, de la combinación y de la réplica. Además, pronto reconocí la huella personal de cada uno de los maestros por la manera individual en la que conducían el juego, como puede reconocerse a un poeta a través de la lectura de unos pocos versos. Lo que comenzó como una ocupación para pasar el tiempo se

convirtió en placer y las figuras de los grandes estrategas del ajedrez, Alekhine, Lasker, Bogoljubov y Tartakover, se transformaron en queridos camaradas en mi soledad. Una variación infinita animaba a diario la celda silenciosa y la regularidad de mis ejercicios devolvió a mis pensamientos la seguridad que había sido quebrantada: me parecía que mi cerebro se renovaba y, a la vez, que se volvía más agudo debido a la constante disciplina mental. Fue sobre todo en los interrogatorios en donde más se notó que yo pensaba de manera más clara y más concisa: de manera inconsciente, había perfeccionado mi defensa contra las falsas amenazas y contra las jugadas maestras encubiertas sobre el tablero de ajedrez y, desde ese momento, dejé de flaquear en los interrogatorios. Incluso, me pareció que los oficiales de la Gestapo comenzaron a mirarme con cierto respeto. Tal vez, al ver que todos se derrumbaban, se preguntaban en secreto por la fuente secreta de la que provenía mi inquebrantable fuerza de resistencia.

»Este período de felicidad, en el que pude recrear día a día las ciento cincuenta partidas de manera sistemática, duró alrededor de dos o tres meses. Luego, llegué a un punto muerto de manera inesperada. De pronto, estuve una vez más ante la nada: después de haber jugado cada partida veinte o treinta veces se había perdido el encanto de la novedad, de la sorpresa; se había agotado su poder de seducción, su efecto estimulante. ¿Qué sentido tenía jugar una partida una y otra vez si yo ya conocía todas las jugadas de memoria? Apenas realizaba el primer movimiento, el resto del juego pasaba por mi cabeza automáticamente, ya no había más sorpresas, ni tensiones, ni problemas. Para poder ocuparme en algo, para poder procurarme la distracción y el esfuerzo, que se habían vuelto imprescindibles, habría necesitado otro libro con otras partidas. Pero como esto era totalmente imposible, solo quedaba un camino en aquel raro laberinto: yo debía crear nuevas partidas para sustituir a las antiguas. Debía intentar jugar conmigo mismo o, mejor, contra mí mismo.

»No sé hasta qué punto ha reflexionado usted sobre la situación intelectual en este juego entre los juegos. Pero incluso la reflexión más fugaz bastará para dejar en claro que, al ser el ajedrez un puro juego del pensamiento liberado del azar, es absurdo intentar jugar contra sí mismo. De hecho, el atractivo del ajedrez radica en que una estrategia se desarrolla

de manera distinta en dos cerebros diferentes; en el hecho de que las negras no saben las maniobras de las blancas en esta guerra intelectual, a pesar de que traten continuamente de adivinarlas y contrariarlas, mientras que las blancas intentan adelantarse y contrarrestar las oscuras intenciones de las negras. Si una misma persona juega con las blancas y las negras, se tiene como resultado una situación absurda, pues un mismo cerebro tendría que saber e ignorar algo al mismo tiempo; sería necesario que, jugando con las blancas, se viera obligado a olvidar lo que un minuto atrás había proyectado jugando con las negras. Un doble proceso de pensamiento implica una total división de la consciencia, la capacidad de encender y apagar las funciones del cerebro a discreción, como si se tratara de un aparato mecánico. En otras palabras, querer jugar contra uno mismo en ajedrez es tan paradójico como intentar saltar sobre la propia sombra. En fin, para ser breve, intenté durante meses esta imposibilidad, este absurdo en medio de mi desesperación. No me quedaba otra alternativa que este sinsentido para evitar caer en la completa locura o en un marasmo espiritual irremediable. A través de mi terrible situación, me vi obligado, por lo menos, a intentar escindirme en un yo negro y en un yo blanco para no ser aplastado por la nada horrorosa que me asediaba.

El Dr. B. se volvió a recostar en la tumbona y cerró los ojos por un minuto. Parecía que quería reprimir a toda costa un recuerdo perturbador. Una vez más, se volvió a presentar el tic nervioso en la comisura izquierda de su boca. Después, se enderezó un poco en la silla.

—Bien, hasta este momento espero haberle aclarado todo, pero no estoy muy seguro de que pueda presentarle lo demás con la misma claridad, pues esta nueva ocupación exigía una concentración tan absoluta, que era imposible tener al mismo tiempo el autocontrol. Ya le he señalado que considero absurdo jugar ajedrez contra uno mismo, pero incluso este absurdo podría llevarse a cabo si uno tuviera un tablero de ajedrez en frente porque la realidad del tablero de ajedrez permite una cierta distancia, una extraterritorialidad material. Ante un tablero de ajedrez real y con figuras reales es posible hacer pausas para reflexionar o es posible moverse de un lado a otro de la mesa para alternar entre la perspectiva de las negras y el punto de vista de las blancas. Sin embargo, yo estaba condenado a

proyectar, en un espacio imaginario, aquella lucha contra mí mismo o, si usted lo prefiere, conmigo mismo; estaba obligado a retener en mi mente la posición de cada pieza en los sesenta y cuatro escaques con claridad y, además, a calcular no solo la acomodación momentánea de las piezas, sino también las posibles movidas subsiguientes de ambos jugadores. Sé que puede sonar absurdo, pero todo esto tenía que imaginarlo dos o tres veces; no, qué estoy diciendo, tenía que imaginarlo seis, siete, ocho o doce veces para cada oponente, para el jugador con las negras y el jugador con las blancas. Incluso, tenía que hacer esto con cuatro o cinco jugadas de antelación. En este juego, y perdone que lo haga examinar esta locura, yo estaba obligado a calcular previamente cuatro o cinco movimientos como jugador blanco en el espacio abstracto de la fantasía y otros tantos como jugador negro. En otras palabras, en el desarrollo de las situaciones que se producían, yo estaba obligado a calcular con dos cerebros, con el cerebro blanco y con el cerebro negro. Pero incluso la división de mí mismo no era lo más peligroso de mi experimento abstruso: lo más peligroso era que, al tener que inventarme las partidas, perdía pie y me precipitaba a un abismo. La mera recreación de las partidas magistrales que había llevado a cabo durante las últimas semanas no era más que una acción repetitiva, una simple recapitulación de un material establecido y, como tal, no mucho más difícil que un poema o que párrafos de alguna ley que me hubiera aprendido de memoria. Era una actividad disciplinada y delimitada, y, por tanto, era un excelente ejercicio mental. Las dos partidas de la mañana y las dos partidas de la tarde hacían parte de una tarea determinada que yo llevaba a cabo sin una sobreexcitación nerviosa; sustituían una ocupación normal y, en caso de que me equivocara o no supiera cómo continuar, me bastaba con volver al libro. Esta actividad había aliviado y calmado mis nervios destruidos solo porque yo recreaba partidas ajenas que no me inmiscuían en el juego: me daba igual que ganaran las blancas o las negras, pues eran Alekhine o Bogoljubov quienes se enfrentaban para obtener la victoria, mientras que mi persona, mi razón y mi alma disfrutaban como espectadores, como conocedores de las peripecias y de la belleza de cada una de las partidas. Pero desde el momento en que comencé a jugar contra mí mismo, comencé a desafiarme de un modo inconsciente. Cada uno de mis dos yo, mi yo

negro y mi yo blanco, eran competitivos y codiciaban vencer, ganarle a su contrincante con impaciencia. Mi yo negro temblaba de ansiedad después de ver la jugada que acababa de hacer mi yo blanco; cada uno de mis yo triunfaba cuando el otro incurría en un error y, al mismo tiempo, se enfurecía con su propia torpeza.

»Todo esto parece un sinsentido y, en efecto, esta esquizofrenia artificial, esta escisión de la consciencia con sus peligrosos arrebatos nerviosos sería impensable en una persona normal dentro de una situación normal. Pero no olvide que yo había sido sacado con violencia de todo tipo de normalidad y que había sido apresado a pesar de mi inocencia. Tampoco olvide que, de manera refinada, había sido martirizado con la soledad durante meses; no olvide que yo era un hombre que hacía tiempo quería descargar la ira acumulada contra cualquier cosa. Y como no tenía nada más que este juego absurdo contra mí mismo, mi ira y mi deseo de venganza se abalanzaron sobre él. Algo en mí quería tener la razón, pero solo podía combatir contra ese otro yo dentro de mí. De esta manera, a lo largo del juego se apoderaba de mí una excitación casi maníaca. Al principio, pensaba de manera sosegada y reflexiva, por ejemplo, hacía pausas entre una y otra partida para recuperarme del esfuerzo, pero mis nervios destrozados fueron impidiendo poco a poco las pausas: tan pronto como mi yo blanco realizaba un movimiento, mi yo negro avanzaba febrilmente; apenas terminaba una partida, me exigía de inmediato comenzar una nueva, pues alguno de los dos yo del ajedrez había sido derrotado y exigía revancha. Nunca podré aproximarme a la cifra exacta de las partidas que jugué en mi celda durante los últimos meses a causa de este desvarío insaciable, quizá mil o más. Se había convertido en una obsesión de la que yo no me podía librar: desde la mañana hasta la noche no pensaba en otra cosa que en alfiles y peones, en la torre y en el rey; en *a, b* y *c,* en el jaque mate y en el enroque; me volcaba en cuerpo y alma sobre la cuadrícula de ajedrez. La alegría de jugar se transformó en el deseo de jugar y, luego, en la necesidad de jugar; en una manía, un furor frenético que no solo se apoderó de mis horas de vigilia, sino también de mis horas de sueño. Solo podía pensar en el ajedrez, en movimientos de ajedrez y en problemas de ajedrez. Algunas veces me despertaba con la frente sudorosa y me daba

cuenta de que, inconscientemente, había seguido jugando durante el sueño y si soñaba con personas, las soñaba en los movimientos del alfil, de la torre o en el avance y el retroceso del movimiento del caballo. Incluso cuando era llamado a interrogatorio, no podía pensar de manera concisa en mi responsabilidad: tengo la impresión de haberme expresado de forma bastante confusa durante los últimos interrogatorios, pues incluso los interrogadores me miraban extrañados en algunas ocasiones. En realidad, mientras ellos preguntaban y deliberaban, yo esperaba en mi desdichada codicia a ser devuelto a mi celda para continuar con mi juego demencial, para poder jugar una partida tras otra y tras otra. Cada interrupción me fastidiaba, incluso el cuarto de hora que le tomaba al guarda ordenar mi celda o los dos minutos en los que me traía la comida molestaban a mi impaciencia febril. Algunas veces, la escudilla con la comida permanecía intacta pues olvidaba comer a causa del juego. La única sensación corporal que tenía era una sed terrible, probablemente a causa de la fiebre de este continuo pensar y jugar: vaciaba una botella en dos sorbos y le exigía al guarda más, aunque de inmediato volvía a sentir la boca seca. Al final, mi excitación durante el juego aumentó y no hacía nada más que jugar de la mañana a la noche hasta que llegué al grado de no ser capaz de estar sentado ni por un minuto: caminaba de aquí para allá reflexionando sobre las partidas, de aquí para allá cada vez más y más rápido, de aquí para allá y de manera más colérica en cuanto más me acercaba al desenlace de la partida. La codicia de ganar, de vencerme a mí mismo se transformó poco a poco en una especie de ira e, incluso, temblaba de impaciencia pues siempre uno de los dos yo ajedrecista era más lento que el otro. El uno impulsaba al otro. Por muy ridículo que esto pueda parecerle, comencé a increparme: “¡más rápido, más rápido!”, “¡adelante, adelante!”, me decía cuando uno de los dos no reaccionaba con rapidez. Como es natural, hoy en día es claro para mí que mi estado correspondía a una forma de histeria para la que no encuentro otra denominación que esta, ignorada aún por la medicina: un envenenamiento por ajedrez. Al final, esta obsesión maníaca comenzó a atacar no solo a mi cerebro, sino también a mi cuerpo: adelgacé, dormía poco y mal; tenía que hacer un esfuerzo enorme cada vez que me levantaba y algunas veces me sentía tan débil al tomar un vaso con algo de

beber, que las manos me temblaban por el esfuerzo de acercármelo a la boca. Sin embargo, apenas comenzaba el juego se apoderaba de mí una fuerza salvaje: corría de aquí para allá con los puños cerrados y, como a través de una niebla roja, algunas veces oía mi voz que se gritaba a sí misma, entre afónica y enfadada, "¡jaque!" o "¡jaque mate!".

»No puedo informarle cómo entró en crisis este estado horrible e inenarrable. Todo lo que sé es que una mañana desperté y ese despertar fue distinto a los demás: mi cuerpo se había liberado de mí y yo descansaba con comodidad y en silencio. Un cansancio bueno y espeso, que yo desconocía desde hace meses, pesaba sobre mis párpados de una manera tan cálida y caritativa, que yo no me decidía a abrir los ojos. Llevaba varios minutos despierto, pero disfrutaba aún de ese pesado sopor, disfrutaba estar tendido con ligereza y con los sentidos voluptuosamente adormecidos. De repente, comencé a oír voces tras de mí, voces de personas vivas que pronunciaban palabras y usted no puede imaginar mi entusiasmo, pues desde hacía meses, hacía casi un año que yo no había oído nada más que las palabras duras, mordaces y malvadas de mis inquisidores. "Estás soñando", me dije a mí mismo. "¡Estás soñando! ¡No abras los ojos por ningún motivo! Deja que este sueño dure, de lo contrario, volverás a ver la maldita celda alrededor tuyo, la silla y la jofaina; la mesa y el papel tapiz con los mismos patrones. Estás soñando. ¡Sigue soñando!".

»Pero la curiosidad se impuso y yo comencé a abrir los ojos poco a poco y con sigilo. Para mi sorpresa, me encontraba en otra habitación; una habitación más amplia y más ordenada que la celda del hotel. Una ventana sin barrotes dejaba pasar la luz con libertad y se podían ver los árboles verdes mecidos por el viento en vez de mi muro cortafuego infranqueable. Las paredes eran blancas, lisas y estaban relucientes y la habitación tenía un techo alto y también blanco. En efecto, me hallaba en una cama distinta, nueva. Y, en realidad, no estaba soñando: detrás de mí susurraban voces humanas. De la sorpresa, debo haberme movido con vehemencia y de manera involuntaria, pues de inmediato oí unos pasos que se aproximaban: una mujer se acercó con movimientos suaves, una mujer con una cofia blanca sobre la cabeza, una enfermera. Un escalofrío de entusiasmo recorrió todo mi cuerpo pues desde hacía un año no había visto a una mujer.

Observé la dulce aparición y mi mirada debió haber sido una mirada salvaje y estática porque la mujer que se había acercado me tranquilizó de inmediato con un “¡Cálmese! ¡Quédese quieto!”. Pero yo solo podía oír atentamente aquella voz: ¿acaso no era una persona la que hablaba? ¿En verdad había una persona sobre la tierra que no quería atormentarme ni interrogarme? Y, además (¡por un milagro incomprensible!), una cálida, suave y casi dulce voz femenina. Miré su boca con avidez, pues durante aquel año infernal me había parecido inconcebible que una persona se dirigiera con amabilidad a otra persona. Ella me sonrió (sí, me sonrió; aún había personas en el mundo que podían ser amables y sonreír), luego, posó su dedo sobre los labios en señal de advertencia y se alejó en silencio. Sin embargo, yo no pude obedecerla pues no había podido saciarme aún de aquel milagro: con vehemencia intenté incorporarme en la cama para continuar observándola, para continuar observando la maravilla de un ser humano bondadoso. Pero tan pronto quise apoyarme en el borde de la cama no pude, sentí algo extraño en el lugar en donde debía estar mi mano derecha con sus dedos y sus articulaciones: era un bulto blanco, grande y pesado; no podía ser otra cosa que un vendaje extenso. Al principio, miré con sorpresa e incomprensión aquel vendaje blanco, pesado y extraño sobre mi mano, pero después comencé a comprender en dónde estaba y a reflexionar sobre lo que me había pasado: me debieron haber herido o yo me debí haber lastimado mi mano derecha y por eso me encontraba en un hospital.

»Al mediodía llegó el médico, un hombre viejo y agradable. Conocía el nombre de mi familia y habló con tanto respeto de mi tío, el médico de cámara imperial, que de inmediato me pareció que sería bueno conmigo. Durante el transcurso de nuestra conversación, me hizo todo tipo de preguntas, sobre todo una que me sorprendió: que si yo era matemático o químico. Yo le respondí que no.

»“Qué curioso”, murmuró el doctor. “Mientras deliraba de fiebre, usted gritaba fórmulas raras, como *c3*, *c4*. Ninguno de nosotros sabía de qué se trataba”.

»Yo le pregunté por lo que me había sucedido. Él sonrió de una manera singular.

»“Nada grave. Una aguda irritación de los nervios”. Y después de mirar con cautela a su alrededor, continuó: “Después de todo, es comprensible: desde el 13 de marzo, ¿verdad?” Yo asentí.

»“No me extraña con métodos como ese”, murmuró él. “Usted no es el primero, no se preocupe”. Por la manera en la que él murmuró estas palabras tratando de tranquilizarme, supe que estaba en buenas manos.

»Dos días después, el amable doctor me dijo con franqueza lo que había sucedido. El guarda me había oído gritar muy fuerte en mi celda y creyó que alguien había entrado y que yo discutía con esa persona. Pero tan pronto abrió la puerta, yo me abalancé sobre él y comencé a gritarle cosas como las siguientes: ¡muévete de una vez, canalla, cobarde! Intenté tomarlo por la garganta y al final lo ataqué de manera tan salvaje que tuvo que pedir ayuda. Cuando me arrastraron a la enfermería en medio de mi estado rabioso, logré librarme de ellos, me abalancé sobre una de las ventanas del pasillo, rompí el vidrio y me corté la mano. Todavía puede ver usted aquí la profunda cicatriz. Según él, las primeras noches en el hospital las había pasado en una especie de delirio, aunque creía que mis sentidos ya se habían recuperado por completo. “Sin embargo”, murmuró, “prefiero no decirle nada de eso a los gobernantes. De lo contrario, se lo volverán a llevar a ese lugar. Confíe en mí, haré lo mejor que pueda”.

»No sé qué fue lo que este doctor servicial dijo de mí a mis torturadores. En todo caso, consiguió lo que se había propuesto: mi libertad. Puede ser que me hubiera declarado incapacitado o quizá en este tiempo me había vuelto prescindible para la Gestapo, pues Hitler había tomado el protectorado de Bohemia y con ello daba por cerrado el caso Austria. Por esto, bastó con que yo firmara el compromiso de abandonar nuestra patria en un plazo de dos semanas. Aquellas dos semanas estuvieron llenas de las miles de formalidades que debe cumplir, antes de un viaje, todo aquel que alguna vez fuera considerado como un ciudadano del mundo: documentos militares y policiacos; impuestos; pasaporte, visa y certificado de salud, así que no tuve tiempo para reflexionar en lo que había sucedido. Al parecer, en nuestro cerebro obran fuerzas misteriosas y reguladoras que reprimen todo lo que puede ser doloroso y peligroso para el espíritu, pues cada vez que quiero recordar lo sucedido en mi tiempo de prisión, se apaga la luz en mi

cerebro, por decirlo de este modo. Solo después de varias semanas y, de hecho, solo a bordo de este barco pude volver a encontrar el valor de reflexionar sobre lo que me había sucedido.

»Ahora comprenderá por qué me comporté de una manera tan incomprensible e indebida frente a sus amigos. De casualidad, yo pasaba por la sala de fumadores cuando vi a sus amigos sentados ante el tablero de ajedrez y, de inmediato, me sentí asombrado y horrorizado: había olvidado por completo que se puede jugar ajedrez ante un tablero verdadero y con figuras reales; había olvidado que, en este juego, es necesario que dos personas completamente distintas estén sentadas frente a frente. Me costó un par de minutos reconocer que lo que hacían esos dos jugadores era, en esencia, el mismo juego que yo había jugado contra mí mismo durante los meses de mi desamparo. Las cifras que yo había utilizado durante mis ejercicios furibundos eran símbolos que habían sustituido a las figuras de hueso. Mi sorpresa al darme cuenta de que el movimiento de las figuras era el mismo movimiento que yo llevaba a cabo en mi fantasía mental puede ser similar al de los astrónomos que dibujan sobre el papel un nuevo planeta a través de métodos complicadísimos y luego lo ven en el cielo en forma de una estrella blanca, clara y sustancial. Me quedé mirando hipnotizado al tablero y vi en él mis diagramas, al caballo, a la torre, al rey, a la reina y a los peones como figuras reales talladas en madera. Para poder tener una visión general de la partida, tuve que hacerla mutar involuntariamente del mundo abstracto de las cifras al de las figuras móviles. Poco a poco me fue venciendo la curiosidad de observar una partida real entre dos jugadores. Y fue entonces cuando se produjo el penoso incidente en el que olvidé la cortesía y me entrometí en la partida. El movimiento en falso de su amigo fue como una puñalada en mi corazón y lo detuve por instinto. Fue un movimiento impulsivo e irreflexivo, como el de una persona que agarra a un niño que se inclina sobre una baranda. Solo después me di cuenta de la gran insolencia que había cometido al entrometerme en el juego.

Me apresuré a asegurarle al Dr. B. cómo nos habíamos alegrado de deberle al azar el hecho de haberlo conocido y que, después de todo lo que me había confiado, se había duplicado mi interés de poder verlo jugar al día

siguiente en aquel torneo improvisado. El Dr. B. hizo un movimiento desasosegado.

—No, en verdad, no espere mucho de mí. No se tratará más que de una prueba para mí… una prueba de si… de si soy capaz de jugar una partida de ajedrez normal; una partida sobre un tablero de ajedrez real, con figuras reales y contra un contrincante vivo… pues cada vez pongo más en duda si las centenares o tal vez las miles de partidas que jugué eran partidas reales que seguían las reglas del ajedrez y no una especie de sueño del ajedrez, una fiebre del ajedrez, un juego del delirio en el que, como siempre ocurre en los sueños, uno se salta las fases intermedias. Espero que usted no me pida en serio que yo me enfrente cara a cara contra un maestro de ajedrez y mucho menos al número uno del mundo. Lo único que me interesa y me intriga es averiguar si lo que ocurrió en la celda era en realidad ajedrez o solo locura; si en aquel entonces estaba al borde del abismo o si ya me había precipitado en él: solo eso y nada más.

En ese momento, llegó desde el otro lado del barco el sonido del gong que indicaba la hora de la cena. Debíamos haber hablado más de dos horas, pues el relato del Dr. B. fue más detallado de lo que yo lo he resumido aquí. Le agradecí de todo corazón y me despedí. Aún estaba en la cubierta, cuando él se acercó a mí y añadió visiblemente nervioso y turbado:

—¡Una cosa más! Por favor, compártale lo siguiente a los demás señores para que luego yo no parezca descortés: solo jugaré una única partida… no será más que el punto final de una vieja deuda; será el final definitivo, no un nuevo comienzo… no quiero sucumbir de nuevo ante aquel delirio del ajedrez del que solo tengo recuerdos horribles… y a propósito, fue el médico el que me lo advirtió… me lo advirtió explícitamente: todo aquel que ha sido víctima de una manía corre siempre el peligro de recaer y si uno ha sufrido un envenenamiento por ajedrez, aun si uno se ha curado, será mejor mantenerse alejado de los tableros de ajedrez… Usted comprenderá… Solo esta partida de prueba para mí y nada más.

Al día siguiente, todos estuvimos en la sala de fumadores a la hora acordada: las tres de la tarde. Al grupo se habían sumado dos oficiales de abordo que eran aficionados del ajedrez y que habían pedido permiso para

ausentarse del servicio y poder ver el torneo. Tampoco Czentovic se hizo esperar, como el día anterior, y una vez realizada la obligada selección de los colores, comenzó la memorable partida de aquel *homo obscurissimus* contra el famoso campeón mundial. Lamento que esta partida haya sido jugada frente a espectadores tan incompetentes y que el transcurso de esta se haya perdido para los anales de las novedades del ajedrez, como se han perdido para la música las improvisaciones de piano realizadas por Beethoven. Aunque al día siguiente intentamos reconstruir la partida de memoria, todos nuestros intentos fueron en vano: es probable que hayamos puesto nuestra atención apasionada en los dos jugadores y que nos hayamos olvidado del curso de la partida ya que el contraste intelectual entre los hábitos de aquellos dos oponentes adquirió una plasticidad corporal a lo largo de esta: Czentovic, el experto, permaneció todo el tiempo inmóvil como un bloque de piedra y con los ojos fijos sobre el tablero de ajedrez. La concentración parecía requerirle un sobreesfuerzo físico que obligaba a todos sus órganos a tener la máxima concentración. Por el contrario, el Dr. B. se movía con total despreocupación y soltura. Como un auténtico diletante, en el más bello sentido de la palabra (esto es, la persona que juega solo por el deleite que le produce el juego), el Dr. B. mantenía su cuerpo relajado, conversaba con nosotros de manera aclaratoria durante las primeras pausas; se encendía un cigarro con ligereza y, solo cuando era su turno, miraba al tablero durante un minuto. Daba la impresión de que ya había anticipado el movimiento de su contrincante.

Las movidas de apertura de rigor sucedieron con rapidez y solo se pudo descubrir una especie de plan determinado en el séptimo u octavo movimiento. Czentovic prolongaba sus pausas de reflexión, por lo que pudimos deducir que había comenzado la verdadera batalla por la ventaja. Pero, a decir verdad, a la par del paulatino desarrollo de la partida fue creciendo en nosotros la decepción habitual que tienen los legos en este tipo de torneos, pues cuanto más se entretejían las figuras en un raro ornamento, era más incomprensible para nosotros la situación. No podíamos prever ninguna de las decisiones de los contrincantes, ni quién de los dos llevaba la ventaja. Lo único que veíamos era que había figuras que se movían hacia adelante, como palancas, con el fin de conquistar el frente enemigo, pero

dado que, en este juego, cada movimiento prevé más jugadas, no éramos capaces de comprender el objetivo estratégico de aquel ir y venir. A esto se sumó un paulatino agotamiento paralizante causado por las interminables pausas reflexivas de Czentovic, pausas que comenzaban a irritar a nuestro amigo. Observé inquieto que, a medida que se alargaba la partida, nuestro amigo comenzaba a reacomodarse intranquilo en el sillón; pronto comenzó a encender un cigarro tas otro para contener los nervios y, luego, tomó su lapicero para anotar algo. Después, pidió agua mineral y bebió a toda prisa un vaso tras otro. Esto se debía a que sacaba conclusiones cien veces más rápido que Czentovic. Cada vez que este decidía hacer retroceder una figura con su mano pesada después de una larga reflexión, nuestro amigo se limitaba a sonreír, como alguien que ve que se cumple algo que ha estado esperando durante mucho tiempo, y respondía de inmediato. Con su ágil entendimiento, debía haber calculado con antelación todas las posibilidades de su contrincante y cuanto más se tardaban las decisiones de Czentovic, más crecía su impaciencia; mientras esperaba, se mordía los labios y se le dibujaba en estos una expresión de molestia casi hostil. Pero Czentovic no permitía que lo apurasen: con terquedad, reflexionaba en silencio y sus pausas se demoraban cada vez más a medida que el tablero de ajedrez iba quedando sin figuras. Después de cuarenta y dos jugadas y de dos horas y tres cuartos, todos estábamos sentados en torno a la mesa, cansados y casi desinteresados por la partida. Uno de los oficiales se había ido y otro había comenzado a leer un libro, aunque de vez en cuando dirigía su atención a la partida al notar algún cambio. De pronto, sucedió algo inesperado a partir de un movimiento realizado por Czentovic: apenas el Dr. B. notó que Czentovic había tomado el caballo y lo había hecho avanzar, se encogió como un gato que se dispone a dar un salto. Todo su cuerpo comenzó a temblar y tan pronto Czentovic terminó de hacer su jugada con el caballo, él adelantó enérgicamente a la reina y dijo en un tono triunfante:

—¡Ya está! ¡Finiquitado!

Dicho esto, se apartó del tablero, se cruzó de brazos y observó a Czentovic con una mirada desafiante. Una luz ardiente comenzó a brillar en sus pupilas.

De manera instintiva, todos nos inclinamos sobre el tablero para comprender el movimiento realizado de manera triunfante, pero, a primera vista, no se veía ninguna amenaza directa. La declaración de nuestro amigo debía relacionarse con un desarrollo ulterior que nosotros, diletantes con poca capacidad de reflexión sobre el juego, no podíamos calcular. Czentovic era el único entre nosotros que había permanecido inmóvil ante aquella declaración desafiante. Seguía sentado y parecía imperturbable, como si no hubiera oído el ofensivo «¡finiquitado!». No sucedió nada. Como todos habíamos contenido el aliento, se podía oír el tictac del reloj que se había puesto sobre la mesa para comprobar el tiempo que tomaba hacer cada jugada. Pasaron tres minutos, siete minutos, ocho minutos… Czentovic continuaba inmóvil. Sin embargo, a mí me parecía que un esfuerzo interior dilataba aún más sus enormes fosas nasales. Esta espera silenciosa parecía ser tan insoportable para nuestro amigo como para nosotros. Se levantó de un salto y comenzó a caminar por la sala de fumadores, de aquí para allá; primero con lentitud, luego, cada vez más y más rápido. Todos lo mirábamos sorprendidos, pero solo yo lo miraba con preocupación, pues me parecía que, a pesar de la violencia de aquel ir y venir, sus pasos medían el mismo espacio sobre el suelo. Estremecido, reconocí que, sin saberlo, este ir y venir reproducía el espacio de su antiguo calabozo: exactamente así debía haber recorrido su celda de un lado a otro durante los meses de aislamiento, como un animal enjaulado, con las manos crispadas y los hombros encogidos, como los tenía en este momento. Solo así debía haber recorrido su celda mil veces de aquí para allá, con la mirada fija y febril, propia de la locura. No obstante, su inteligencia se mantenía intacta, pues lanzaba una mirada impaciente a la mesa de vez en cuando, con el fin de comprobar si Czentovic ya había tomado una decisión. Pasaron nueve, diez minutos hasta que por fin sucedió lo que ninguno de nosotros esperaba: Czentovic levantó con lentitud su mano pesada, que había estado inmóvil sobre la mesa, pero no hizo ningún movimiento. En vez de eso, con un gesto lento pero decidido, removió todas las piezas del tablero. Solo entonces comprendimos: Czentovic se había dado por vencido, había capitulado para no exponerse a un jaque mate visible ante nosotros. Había ocurrido lo inconcebible: el campeón mundial, el campeón

de innumerables torneos había arriado la bandera ante un desconocido, a un hombre que no había tocado un tablero de ajedrez hace veinte o veinticinco años. ¡Nuestro amigo, el anónimo, el desconocido, había derrotado en una lucha abierta al mejor jugador de ajedrez del mundo!

En medio de nuestra emoción y sin darnos cuenta, nos fuimos poniendo de pie uno tras otro. Cada uno de nosotros tenía la sensación de que había que decir o hacer algo para abrirle paso a nuestra alegre perplejidad. El único que continuaba inmóvil y en calma era Czentovic. Solo después de una pausa meditada, levantó la cabeza y dirigió a nuestro amigo una mirada severa.

—¿Otra partida? —preguntó.

—Por supuesto —respondió el Dr. B. con un entusiasmo que me pareció desagradable y se sentó antes de que yo pudiera recordarle su decisión de no jugar más de una sola partida. Se inclinó de inmediato y comenzó a ordenar las piezas con una prisa febril. Las reagrupaba de manera tan vehemente, que dos veces se le resbaló un peón entre los dedos temblorosos y fue a dar al suelo. El molesto malestar que había comenzado a causarme su excitación innatural se transformó en una especie pavor, pues una visible exaltación se había apoderado del hombre que, hasta entonces, había sido sosegado y silencioso. El tic nervioso en la comisura de su boca era cada vez más frecuente y su cuerpo temblaba como sacudido por una fiebre repentina.

—No —le dije en voz baja—. ¡Ahora no! ¡Ha sido suficiente por hoy! Esto es muy agotador para usted.

—¡Agotador! ¡Ja! —contestó con una risa estridente y maliciosa—. ¡Habría podido jugar diecisiete partidas mientras estaba aquí, holgazaneando! ¡Lo único que me agota es el esfuerzo que debo hacer para no quedarme dormido con el ritmo de este juego! ¡Vamos! ¡Comience de una vez!

Las últimas palabras las había dirigido a Czentovic en un tono vehemente y casi grosero. Este lo miró sosegado, pero su mirada era severa y parecía tener algo de un puño cerrado. Había nacido algo nuevo entre los dos jugadores: una peligrosa tensión, un odio apasionado. Ya no eran dos interlocutores que querían probar sus capacidades en el juego, ahora eran

dos enemigos que habían jurado destruirse mutuamente. Czentovic se tardó demasiado en hacer el primer movimiento y me dio la impresión de que él se tardaba a propósito. Este experto estratega había descubierto que su contrincante se cansaba e irritaba justo a causa de su lentitud, así que se tomó no menos de cuatro minutos para realizar la más normal y simple de todas las aperturas al hacer avanzar al peón del rey dos casillas, como es habitual. Nuestro amigo respondió de inmediato, moviendo al peón de su rey de la misma manera, pero, una vez más, Czentovic realizó una pausa interminable, casi insoportable. Era como cuando cae un rayo poderoso y uno espera el sonido del trueno con el corazón en la mano, aunque este nunca llega. Czentovic no se inmutaba: cavilaba en silencio, despacio y esto me convenció más de que lo hacía de manera maliciosa. Su demora me daba tiempo para observar al Dr. B., quien ya se había acabado de un sorbo el tercer vaso de agua. De inmediato, recordé que él me había contado sobre la sed febril que había sentido en la celda. Todos los síntomas de una excitación anormal iban apareciendo con claridad: vi cómo su frente se humedecía y la cicatriz de su mano se había vuelto más roja y más nítida, aunque aún era dueño de sí. Solo cuando vio que Czentovic volvía a cavilar durante un tiempo interminable para realizar el cuarto movimiento, perdió los estribos y le gritó de repente:

—¡Juegue de una vez!

Czentovic le lanzó una mirada fría.

—Según recuerdo, acordamos un tiempo máximo de diez minutos por jugada. Por principio, no juego con un tiempo más corto.

El Dr. B. se mordió los labios. Pude darme cuenta de que, bajo la mesa, la suela de su zapato se balanceaba sobre el suelo cada vez con mayor impaciencia y mi nerviosismo aumentó al tener el presentimiento de que algo sinsentido se preparaba en su interior. De hecho, ocurrió un segundo incidente durante el octavo movimiento: el Dr. B., que cada vez esperaba con más desespero, no pudo contener más su tensión y comenzó a tamborilear con sus dedos sobre la mesa de manera inconsciente. Una vez más, Czentovic levantó su pesada cabeza campirana.

—¿Le puedo pedir el favor de que deje de tamborilear? Me molesta. No puedo jugar así.

—¡Ja! —respondió el Dr. B. con una leve sonrisa—. Es evidente.

La frente de Czentovic se enrojeció.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó con vehemencia y enojo.

En el rostro del Dr. B. se volvió a dibujar una leve sonrisa maliciosa.

—Nada. Solo que es evidente que usted está nervioso.

Czentovic guardó silencio, volvió a bajar la cabeza y solo después de siete minutos realizó su jugada. En adelante, la partida se llevó a cabo en este ritmo mortuorio: Czentovic se petrificaba cada vez más y, al final, utilizaba el máximo de tiempo acordado para las pausas previas a la decisión de una jugada, a la vez que el comportamiento de nuestro amigo se hacía cada vez más extraño. Parecía como si se hubiera olvidado de la partida y se ocupara de otra cosa: dejó de ir de un lado para otro y permaneció sentado en su puesto; con la mirada fija en el vacío, murmuraba sin parar palabras incomprensibles. Al parecer, trabajaba en combinaciones infinitas o, como yo sospechaba, se imaginaba partidas totalmente distintas; cuando por fin Czentovic se decidía a realizar un movimiento, debíamos devolverlo a la realidad, entonces, le tomaba algunos minutos volver a familiarizarse con la situación. Cada vez más se afianzaba en mí la sospecha de que él se había olvidado ya tanto de Czentovic como de nosotros hace tiempo para adentrarse en aquella fría forma de la locura que podría manifestarse con violencia en cualquier momento. Y, en efecto, la crisis estalló en la jugada diecinueve: apenas Czentovic había movido su figura, el Dr. B. se levantó de repente y, sin mirar al tablero, movió su alfil tres casillas hacia adelante. Luego, gritó con vehemencia para que todos pudiéramos oírlo:

—¡Jaque! ¡Jaque al rey!

De inmediato, todos miramos al tablero a la espera de un movimiento extraordinario, pero después de un minuto sucedió algo que ninguno de nosotros esperaba: Czentovic alzó la cabeza con lentitud y dirigió su mirada a cada uno de nosotros, algo que no había hecho hasta ese momento. Parecía estar disfrutando algo inconmensurable, pues poco a poco comenzó a esbozarse una sonrisa alegre y burlona sobre su rostro. Solo después de haber saboreado su triunfo al extremo, se dirigió con una falsa cortesía hacia nosotros:

—Lo lamento, pero yo no veo ningún jaque. ¿Tal vez alguno de los señores ve que mi rey está en jaque?

Todos miramos al tablero e, intranquilos, dirigimos nuestras miradas al Dr. B. Un niño podía darse cuenta de que, en efecto, la casilla en la que se encontraba el rey de Czentovic estaba protegida por completo por un peón que se contraponía al alfil, por lo tanto, era imposible que existiera jaque al rey. Comenzamos a preocuparnos. ¿Acaso la excitación de nuestro amigo lo habría hecho mover una figura de manera errónea, una casilla de más o una de menos? Intrigado por nuestro silencio, el Dr. B. miró el tablero y comenzó a balbucear con vehemencia:

—El rey debería estar en *g7*… Está en una posición equivocada, muy equivocada. ¡Usted ha movido mal! Todo está mal ubicado sobre este tablero… el peón debería estar en *g5* y no en *g4*... esta es una partida totalmente distinta… esto es…

Se interrumpió de repente. Yo lo había tomado del brazo con fuerza o, mejor, le había pellizcado el brazo con tal fuerza que, incluso en su febril confusión, pudo darse cuenta de esto, pues se dirigió hacia mí y me miró como un sonámbulo:

—¿Qué… qué quiere?

No dije nada más que: —*Remember!*—, y le indiqué con el dedo la cicatriz que tenía en su mano. Él siguió mi movimiento de manera automática y fijó sus ojos vidriosos sobre la marca roja, como la sangre. De repente, comenzó a temblar y un escalofrío pasó por todo su cuerpo:

—Por el amor de Dios —murmuró con los labios lívidos—. ¿He dicho o hecho algo sin sentido? ¿Volví a perder la razón?

—No —le dije en voz baja—. Pero debe abandonar la partida de inmediato. Aún está a tiempo. ¡Recuerde lo que le dijo el médico!

El Dr. B. se puso en pie de inmediato.

—Les ofrezco disculpas por este error tan torpe —dijo en su tono cortés habitual mientras se inclinaba ante Czentovic—. Es evidente que no tiene sentido lo que acabo de decir. Por su puerto, esta partida es suya—. Luego, se dirigió a nosotros: —También debo ofrecerles una disculpa a los señores,

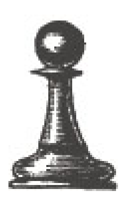
aunque yo ya les había advertido que no debían esperar mucho de mí. Perdonen el ridículo, esta es la última vez que intento jugar ajedrez.

Hizo una reverencia y se alejó de la misma manera humilde y misteriosa con la que había aparecido la primera vez. De todos nosotros, solo yo sabía por qué este hombre no volvería a tocar un tablero de ajedrez en su vida. Los demás permanecían un poco confundidos y con la incierta sensación de haberse escapado, por poco, de algo desagradable y peligroso.

—*Dammed fool!* —gritó McConnor decepcionado.

El último en levantarse de su silla fue Czentovic, quien miraba una vez más la partida inconclusa.

—Lástima —dijo, magnánimo—. La disposición del ataque no estaba nada mal. Para ser un diletante, este señor posee un talento extraordinario.



---

1 «Es su trabajo». En francés en el original. N. del T.

LIBRO AL VIENTO

15 AÑOS

Colección Universal

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

Colección Capital

Es de color morado y en ella se publican los textos que tengan como temática a Bogotá y sus alrededores.

Colección Inicial

Es de color verde limón y está destinada al público infantil y primeros lectores.

Colección lateral

Es de color azul aguamarina y se trata de un espacio abierto a géneros no tradicionales como la novela gráfica, la caricatura, los epistolarios, la ilustración y otros géneros.



TÍTULOS RECIENTES DEL PROG RAMA

1 Antígona
Sófocles

2 El 9 de abril
(Fragmento de *Vivir para contarla*)
Gabriel García Márquez

3 Cuentos para siempre
Hermanos Grimm, Hans Christian Andersen, Charles Perrault, Oscar Wilde

4 Cuentos
Julio Cortázar

5 Bailes, fiestas y espectáculos en Bogotá
(Selección de Reminiscencias de Santafé y Bogotá) (2 ediciones) *José María Cordovez Moure*

6 Cuentos de animales
Rudyard Kipling

7 El gato negro y otros cuentos
Edgar Allan Poe

8 El beso y otros cuentos
Anton Chéjov

9 El niño yuntero
Miguel Hernández

10 Cuentos de Navidad
Cristian Valencia, Antonio García, Lina María Pérez, Juan Manuel Roca, Héctor Abad Faciolince

11 El curioso impertinente, y un elogio a la lectura
(2 ediciones) *Miguel de Cervantes*

12 Cuentos en Bogotá
Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento

13 Los cuentos
Rafael Pombo

14 La casa de Mapuhi y otros cuentos
Jack London

15 ¡Qué bonito baila el chulo!
Cantos del Valle de Tenza *Anónimo*

16 El beso frío y otros cuentos bogotanos
Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero

17 Los vestidos del emperador y otros cuentos
Hans Chistian Andersen

18 Algunos sonetos
William Shakespeare

19 El ángel y otros cuentos
Tomás Carrasquilla

20 Iván el Imbécil
León Tolstoi

21 Fábulas e historias
León Tolstoi

22 La ventana abiertay otros cuentos sorprendentes
Saki, Kate Chopin, Henry James, Jack London, Mark Twain, Ambrose Bierce

23 Por qué leer y escribir
Francisco Cajiao, Silvia Castrillón, William Ospina, Ema Wolf, Graciela Montes, Aidan Chambers, Darío Jaramillo Agudelo

24 Simbad el Marino
(Relato de *Las mil y una noches*)

25 Los hijos del Sol
Eduardo Caballero Calderón

26 Radiografía del Divino Niño y otras crónicas sobre Bogotá
Antología de Roberto Rubiano Vargas

27 Dr. Jekyll y Mr. Hyde
Robert Louis Stevenson

28 Poemas colombianos
Antología

29 Tres historias
Guy de Maupassant

30 Escuela de mujeres
Molière

31 Cuentos para niños
Hermanos Grimm, Alexander Pushkin, Rudyard Kipling

32 Cuentos latinoamericanos I
Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti

33 Palabras para un mundo mejor
José Saramago

34 Cuentos latinoamericanos II
Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca

35 Bartleby
Herman Melville

36 Para niños y otros lectores
Alphonse Daudet, Wilhelm Hauff, León Tolstoi

37 Cuentos latinoamericanos III
Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique

38 Cuentos Latinoamericanos IV
José Donoso, Sergio Pitol, Guillermo Cabrera Infante

39 Poesía para niños

Selección de Beatriz Elena Robledo

40 El Libro de Marco Polo sobre las cosas maravillosas de Oriente

41 Cuentos latinoamericanos v

Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia

42 Tengo miedo

Ivar da Coll

43 Cuento de Navidad

Charles Dickens

44 Mitos de creacíín(2 ediciones)

Selección de Julio Paredes C.

45 De paso por Bogotá

Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo xix

46 Misa de gallo y otros cuentos

Joaquim Maria Machado de Assis

47 Alicia para niños

Lewis Carrol

48 Juanito y los fríjoles mágicos

Cuento tradicional inglés

49 Cuentos para releer

Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós

50 Cartas de la persistencia

Selección de María Ospina Pizano

51 Rizos de oro y los tres osos

Traducción de Julio Paredes

52 El corazón de las tinieblas

Joseph Conrad

53 Cuentos
Saki

54 Cinco relatos insólitos
H. P. Lovecraft

55 Peter y Wendy (Peter Pan)
James Matthew Barrie

56 La edad de oro
José Martí

57 La vida es sueño
Pedro Calderón de la Barca

58 Poemas iluminados
Selección de poesía mística *San Juan de la Cruz, Sor Juana Inés, Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León*

59 Por la sabana de Bogotá y otras historias
José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez

60 Historias con misterio
Ueda Akinari, E.T.A Hoffman, Auguste Villiers de L'Isle-Adam, G.K. Chesterton

61 Cantos populares de mi tierra
Candelario Obeso

62 Una ciudad flotante
Julio Verne

63 La antorcha brillante
Biografía de Antonio Nariño *Eduardo Escallón*

64 Viva la Pola(2 ediciones)
Biografía de Policarpa Salavarrieta
Beatriz Helena Robledo

65 Soy Caldas(2 ediciones)
Biografía de Francisco José de Caldas
Stefan Pohl Valero

66 Relatos en movimiento

Leoníd Andréyev, Manuel Gutiérrez Nájera, Arthur Conan Doyle, O. Henry, Baldomero Lillo

67 Historias de mujeres

Luisa Valenzuela, Margo Glants, Marina Colasanti, Gabriela Alemán, Marvel Moreno

68 El paraíso de los gatos

Émile Zola

69 Cartilla moral

Alfonso Reyes

70 Tierra de promisión

José Eustasio Rivera

71 Pütchi Biyá Uai. Precursores

Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia i *Miguel Rocha Vivas* (2 ediciones)

72 Pütchi Biyá Uai. Puntos aparte

Antología multilingüe de la literatura indígena contemporánea en Colombia ii *Miguel Rocha Vivas* (2 ediciones)

73 Glosario para la Independencia(2 ediciones) Palabras que nos cambiaron

74 La historia de Rasselas, príncipe de Abissinia

Sammuel Johnson

75 Anaconda y otros cuentos

Horacio Quiroga

76 El fútbol se lee

Darío Jaramillo Agudelo, Álvaro Perea Chacón, Mario Mendoza, Ricardo Silva Romero, Fernando Araújo Vélez, Guillermo Samperio, Daniel Samper Pizano, Óscar Collazos, Luisa Valenzuela, Laura Restrepo, Pablo R. Arango, Roberto Fontanarrosa

77 Escribir en bogotá

Juan Gustavo Cobo Borda

78 El primer amor

Iván Turguéniev

79 Memorias palenqueras y raizales(2 ediciones)

Fragmentos traducidos de la lengua palenquera y el creole

80 Rufino José Cuervo

Una biografía léxica

81 Algunos espectros orientales

Lafcadio Hearn

82 Los oficios del parque Crónicas

Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez, Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga

83 Calidez aislada

Camilo Aguirre Premio Beca Creación Novela Gráfica 2011 (2 ediciones)

84 Ficções. Ficciones desde Brasil

Joaquim Maria Machado de Assis, Afonso Henriques de Lima Barreto, Graciliano Ramos, Clarice Lispector, Rubem Fonseca, Dalton Trevisan, Nélida Piñón, Marina Colasanti, Tabajara Ruas, Adriana Lunardi

85 Lazarillo de Tormes

Anónimo

86 ¿Sueñan los androides con alpacas eléctricas?

Antología de ciencia ficción contemporánea latinoamericana *Jorge Aristizábal Gáfaro, Jorge Enrique Lage, Bernardo Fernández bef, José Urriola, Pedro Mairal, Carlos Yushimito*

87 Las aventuras de Pinocho

Historia de una marioneta

Carlo Collodi
Traducción de Fredy Ordóñez

88 Recetario santafereño
Selección y prólogo
de Antonio García Ángel

89 Cartas de tres océanos 1499-1575
Edición y traducción de Isabel Soler e Ignacio Vásquez

90 Quillas, mástiles y velas
Textos portugueses sobre el mar

91 Once poetas brasileros
Selección y prólogo de Sergio Cohn Traducción de John Galán Casanova

92 Recuerdos de santafé
Soledad Acosta de Samper

93 Semblanzas poco ejemplares
José María Cordovez Moure

94 Fábulas de samaniego
Félix María Samaniego

95 Cocorobé: cantos y arrullos del Pacífico colombiano
Selección y prólogo: Ana María Arango

96 Cronistas de Indias en la Nueva Granada (1536-1731)
Gonzalo Jiménez de Quesada, Pedro Cieza de León, Fray Pedro Simón, Alexandre Olivier Exquemelin, Fray Alonso de Zamora, Joseph Gumilla

97 Bogotá contada
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández bef, Adriana Lunardi, Sebastià Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero

113 El castillo de Otranto

Horacio Walpole

114 La gruta simbólica

115 Fbulas de Iriarte

Tomás de Iriarte

116 Once poetas holandeses

Selección y prólogo de Thomas Möhlmann.Traducción de Diego J. Puls, Fernando García de la Banda y Taller Brockway

117 Siete retratos

Ximénez

118 Bogotá contada 3

Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trías, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres

119 Guadalupe años sin cuenta

Creación Colectiva Teatro La Candelaria

120 «Preludio» seguido de «La casa de muñecas»

Katherine Mansfield Traducción de Erna von der Walde

121 Sylvie, recuerdos del Valois

Gérard de Nerval Traducción de Mateo Cardona Vallejo

122 Once poetas franceses

Selección y prólogo de Anne Louyot Traducción de Andrés Holguín

123 «Piel de asno» y otros cuentos

Charles Perrault Traducción de Mateo Cardona Ilustrados por Eva Giraldo

124 Bodas de sangre

Federico García Lorca

125 Maravillas y horroresde la Conquista

Comentarios y notas de Jorge O. Melo

Bogotá contada 4

126 *Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria*

127 La historia del buen viejoy la bella señorita

Italo Svevo Traducción de Lizeth Burbano

128 La marquesa de O.

Heinrich von Kleist

Traducción de Maritza García Arias

129 Juan Sábalo *Leopoldo Berdella de la Espriella* Ilustrado por Eva Giraldo

130 Arte de distinguira los cursis

Santiago de Liniers& Francisco Silvela

131 Versiones del Bogotazo

Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero –Klim–, Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá Rojas, María Cristina Alvarado, Aníbal Pérez, María Luisa Valencia

132 Once poetas argentinos

Selección y prólogo de Susana Szwarc

133 Bogotá contada 5

Pedro Mairal, Francisco Hinojosa, Margarita García Robayo, Dani Umpi, Ricardo Sumalavia, Yolanda Arroyo

134 La dicha de la palabra dicha

Nicolás Buenaventura Ilustrado por Geison Castañeda

135 El horla

Guy de Maupassant Traducción de Luisa Fernanda Espina

136 Hip, hipopótamo vagabundo

Rubén Vélez

Ilustrado por Santiago Guevara



COMPARTE LIBROS
que después de ser leídos, deben quedar libres
para llegar a otros lectores, y te deja entrar gratis
a una biblioteca digital con la mejor literatura.

* * *

Escanea el código, ingresa a la biblioteca
y deja volar tu imaginación.



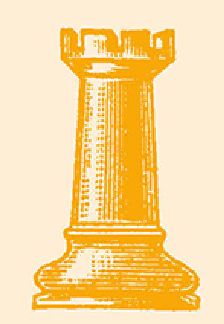


NOVELA DE AJEDREZ
DE STEFAN ZWEIG FUE EDITADO
POR EL INSTITUTO DISTRITAL DE LAS
ARTES - IDARTES PARA SU BIBLIOTECA
LIBRO AL VIENTO, BAJO EL NÚMERO
CIENTO CUARENTA Y CUATRO,
Y SE IMPRIMIÓ EN EL MES DE
NOVIEMBRE DEL AÑO 2019
EN BOGOTÁ.

Este
ejemplar de
Libro al Viento
es un bien público.
Después de leerlo
permita que circule
entre los demás
lectores.

«Así como en el tablero hay fichas blancas y negras, [esta novela] trata de un combate entre el bien y el mal. Czentovic simboliza el nazismo mientras que el Dr. B. representa el humanismo europeo amenazado».

Antonio García Ángel



Clásicos de siempre de la literatura

LIBRO AL VIENTO UNIVERSAL



«[El ajedrez:] el único juego que pertenece a todos los pueblos y a todos los tiempos y de quien nadie sabe qué dios lo legó al mundo para matar el aburrimiento, aguzar los sentidos y estimular el espíritu».

Stefan Zweig





Alcaldía de Bogotá